La Sucesión

Joseph Berolo

Julio 2022

**Primera Edición**

**La Sucesión**

**Joseph Berolo R.**

email: berolojoseph@aveviajera.org

www.aveviajera.org/editorialaveviajera/id974.html

Editor: Joseph Berolo R.

Diseño-Diagramación:Martha Sonia Herrera Muñoz Impresión y acabado: Editorial Ave Viajera S.A.S.

email:editorialaveviajerasas@gmail.com

Depósito Legal

ISBN : 978-958-49-6419-9

©De esta edición: Editorial Ave Viajera S.A.S., 2022

Reservados todos los Derechos de Autor. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial o por cualquier medio o procedimiento incluida la fotocopia y el tratamiento informático virtual en cualquier forma, sin la autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

L

os retratos en blanco y negro finamente enmarcados en madera tallada y sin cristal que los cubriera, de Alejandro Matamoros y su esposa Doña Catalina Paans fueron los últimos objetos que permanecieron en su lugar sobre la chimenea de la casa de la Calle 1ª con la carrera 5ª en el pueblo de Hato Viejo, jurisdicción de San José del Departamento de Aguas Calientes, Tierra Adentro, mientras veían salir el último de los trebejos que habían estado ahí durante 80 años.

Una vez entregada la propiedad a sus nuevos dueños, Alba, su hija mayor, envolvió los retratos en un fino corte de seda negro y los metió en una bolsa de lana tejida que se colgó al hombro antes de entregar las llaves de la casa. La fecha,exactamente cuatro años del fallecimiento de Doña Catalina y diez de la partida de Don Alejandro.

En su memoria, un largo y pausado desfilar de los acontecimientos que tuvieron lugar en esa casa que su madre quiso conservar sin despegarse de uno solo de los muchos haberes que se acumularon desde que fue construida por Alejandro y habitada aun sin terminar por ellos y sus tres

primeros hijos. Allí nacerían los demás y la casa crecería igual para acomodar a todos incluyendo su abuela, Doña Hermilda, sin contar con el permanente ir y venir de tíos y primos tantos que resolvieron llamarla El Hotel Familia. Cumplida la entrega y prácticamente empujada por un hombre recién llegado que procedió a remover las viejas cerraduras del portón de la casa y a instalar una nuevas, Alba retrocedió unos pasos, se detuvo y observó la escena meditando en lo transitorio que son las propiedades, y luego de unos segundos más de nostalgia, se dirigió a la calle en donde esperaban sus hermanos, y los cónyuges de los casados entre ellos Antoine, el esposo de Lucia llamado el poeta por serlo y ser el narrador de los acontecimientos familiares.

Era notoria la ausencia de los hijos de los casados, aunque el hecho no sorprendía. Esas cosas de familia que en otros tiempos eran sentidas y sufridas, no parecían significar nada para ellos. Todos, amaron a sus abuelos profundamente pero solo mientras crecían y dejaban de ser, no los adorables nietecitos de siempre, sino adolescentes con otros intereses y otros destinos. Varios de ellos, en el extranjero, y con hijos que sus bisabuelos no conocían. En ese mapa de la geografía de la familia Matamoros Paans, desposeída del núcleo que las había mantenido unida, aparecían Alba la mayor de diez hermanos, Margarita, Lucia, Alirio, Jesús, Darío, Rubén, Daniel, Enrique, y Benjamín el menor de todos.

Para esta fecha luctuosa de entrega de la casa paterna, Alba se había radicado en su finca en tierra templada, al oriente de la capital; Margarita en su casa en El Poblado, en el Valle de las Acacias; Alirio, en su parcela en la Vereda de Chiquitana, al oriente de Tierra Adentro; Darío, Daniel, Jesús, y Enrique, en sus residencias en la capital, y Lucía y su esposo Antoine, de origen norteamericano, en su hermosa villa campestre en la vereda de Pionono al norte de la capital. Con ellos, Benjamín el menor de los hermanos, quien fuera de una breve y mal lograda excursión a El Salvador, no había conocido otro mundo que el de su hogar ni ido más lejos que el colegio donde estudió y se graduó de bachiller, situado a unas pocas cuadras de su casa en Hato Viejo.

De su vida, lo que contaban y compartían, no con asiduidad sino casualmente cuando se invitaban a visitarse: “Cuando puedas, pero me avisas de antemano”. Sin embargo, nunca dejaron de acudir al lado de quien estuviera enfermo o necesitado de ayuda, a quien sin restarle cariño prodigaban y a su familia todo el apoyo y afecto que la ocasión demandara. Eso los acercaba y fortalecía el invisible lazo familiar que los unía. En ese terreno Alba no había podido consolidar jamás su primogenitura pese a ejercerla con firmeza desde que cumplió los veintiún años cuando Alejandro la hizo su confidente financiera y ella decidió abandonar la casa paterna y adquirir su primera propiedad, un pequeño apartamento en una zona residencial de la ciudad. Aún sin graduarse en Economía, pero ya trabajando en una empresa corredora de Bolsa, dio sus primeros pasos en ese terreno, con el dinero de su padre, realizando transacciones exitosas en su mayoría.

Nacida para ser independiente, desdeñó todas las posibilidades que tuvo, que no fueron pocas, de casarse y formar un hogar. De haberlo hecho, no hubiese prosperado. No con su manera de ser, innata, de no concederle razón a nadie ni permitir que le impusieran alguna. Voluntariosa, iba y venía a su gusto por la casa de sus padres, decidiendo por ellos quitar o poner. En cuanto a sus hermanos, ella siempre era la “que mandaba” y la respetaban y celebraban sus “caprichos”. Ella a su vez, no dejaba de celebrarles sus cumpleaños y sus triunfos especialmente los de sus hermanas Margarita y Lucía.

Alba fue la primera en su familia en viajar al extranjero, a Italia, en donde aprendería el idioma, disfrutaría de la hospitalidad de los socios de su padre, se dejaría cortejar por un muy apuesto joven siciliano, rechazaría su oferta de matrimonio, y volvería a su hogar con mayor autoridad familiar. Sus encuentros con su padre, en privado, fueron cada vez más frecuentes durante los cuales, rumoraban sus hermanos, ella le daba cuenta del estado de sus inversiones financieras. Eventualmente, su ir y venir fue rutina y nadie habló más del asunto ni se comentaba lo que se sentía de la disminución de los gastos que Alejandro hacía en el otrora enorme mercado semanal que llenaba la despensa de la casa, ni el por qué de su retiro como socio principal de su empresa marmolera, o la razón de la venta de sus dos vehículos, su camioneta Ford y su automóvil Renault y el despido de su conductor, el ya viejo y leal amigo de todos, Eleuterio Garzón. Lo que si dolía mucho era su negatividad a continuar pagándo la Universidad de sus hijas con el pretexto de que “las mujeres a su oficio de esposas y madres y nada más”. Lo único que fue palpable entonces fue el alejamiento total y repentino de Alejandro de su papel de dueño de casa y su retiro a su estar apoltronado en su biblioteca en donde pasaría el resto de su existencia viendo irse la vida en bocanadas de humo de cigarrillo Pielroja.

S

entado en un viejo sillón de cuero negro, que fuera de

Don Alejandro, colocado en la esquina de la sala de grandes ventanales abiertos al amplio jardín de su casa, con la mirada puesta ahora, en los tres grandes fósiles marinos que aparecían entre la bondad del paisaje casero, los que, según Don Alejandro encontró cuando excavaba en su mina de mármol en el desierto de la Candelaria, Antoine les hablaba nuevamente como acostumbraba hacerlo, buscando respuestas a su milenaria incógnita. Antoine llamaba esas charlas, el lenguaje de las piedras; lo hacía pensar profundamente en la transición del estado humano desde el nacimiento hasta la muerte e incineración, y fosilización para afición de ancianos geólogos persistentes, buscadores de coprolitos, arcano sin lenguaje propio, solo el que quisieran darle sus exploradores. En ese lenguaje estaba escrita la historia de los Matamoros y los Paan.

A

ntoine era un lector asiduo de los bultos de cosas que permanecían bajo techo al fondo del patio de su casa. Restos eran del trasteo que cada uno de sus hermanos hizo de lo suyo. Contenían todo lo que Lucia quería conservar especialmente las materas de geranios y lilias y otras variedades traídas del hermoso y siempre florecido jardín que cultivara Catalina. Milagros de la naturaleza, aún perfumaban, renovadas muchas veces, podadas otras tantas, variadas, policromas, solitarias, deshojándose siempre o en florescencia de halagos visuales. Jamás faltaron para acompañar el cafecito servido con más amor que nunca en los cumpleaños de su dueña. Fueron el piropo del día, el símbolo de su bondad y generosidad, el homenaje perenne a su existencia.

Aunque Antoine no estuvo presente en la distribución de la herencia, si recordaba la tarde ya lejana, a finales de 1999, del cotidiano encuentro semanal de todos los hermanos, cuando se repartieron, en broma, los bienes de sus padres. “Yo ya le puse mi nombre al reloj de pared…. y “yo a la mesa de mármol de la sala , y “ yo al juego de comedor”, y yo “a los muebles de la sala,” y “yo a esto” y “yo, a aquello” hasta que nada quedó sin dueño. De eso hace mucho tiempo cuando aún vivían sus dueños y se reían de lo que hacían sus hijos.

La vida era próspera, todos tenían lo suyo, a los casados, hechos al gusto de su generoso padre, auto enseñado arquitecto e ingeniero, les construyó casa al estilo de la suya, y de Catalina, recibieron las cortinas, los cubre lechos, la vajilla, las ollas de cocinar incluyendo la de presión, y las recetas. Ninguno aprendió a hacer arepas porque ella nunca dejó de enviarles su provisión semanal. Igual, nada les faltó a los solteros ni a los tres hijos menores porque hasta viejo cumplió su deber de procrear. Aún no aparecía señal alguna de que él o Catalina se convertirían en piedra.

Curioso hasta el exceso de querer saberlo todo, Antoine había incursionado en la teoría del panpsiquismo de que “todo en el universo tiene conciencia, desde una roca hasta un monumento erigido por el hombre, o de lo contrario nada tendría sentido o valor alguno”. Consciente de ello, Antoine le concedía alguna importancia a todo lo que componía su mundo, desde la enorme plusvalía de los seres que amaba hasta el insignificante valor de un objeto cualquiera, suyo o ajeno. Él lo llamaba, “tener conciencia” y creía que para poder vivir en paz y dormir plácidamente siempre, solo tenía que darle importancia a cada persona y valor a todo lo que hiciera y poseyera. Él sabía que el tema le quitaba el sueño a los científicos y pensadores siempre enfrascados en asuntos de la mente y del cerebro, buscándole laberintos a los laberintos, cuando solo bastaba vincularse a la noción de querer ser feliz dentro de la sencilla manifestación de los sentimientos, meras partículas de emociones infinitamente simples y manejables. Por eso había luchado toda su vida desde cuando nació y creció y supo que no era consciente de lo que le ocurría y que tenía que aprender a entender la causa de sus amarguras, ya contadas en alguna otra historia de las que escribía para poder tener conciencia de sí mismo. Sin embargo, había aprendido que una cosa era entenderse a sí mismo y otra entender los matices y las diferencias de los demás. Bien quisiera Antoine que los demás fueran la humanidad entera. No pudiendo lograrlo, había aprendido a cuidar de los suyos, reconociendo que cada uno es propenso a tener su propio comportamiento y él no era quien para juzgar. Solo podía tener conciencia de sus distintos ángulos y percepciones y aprender a vivir con ellos.

El tiempo pondría a prueba esos menesteres que en el medio de los Matamoros Paans eran distracciones que pocos tomaban en serio. Poco a poco todo fue cambiando. La historia aquella de resistencia al cambio, fue debilitándose y la casa de Don Alejandro comenzó a sentir el peso de la soledad, aunque turbada frecuentemente por el revoloteo de los nietos y el ir y venir de los amigos de sus hijos que eran muchos, aún eran manada, sin conciencia de tiempo ni de quehacer. Nuevas generaciones se vislumbraban y sobre ellos se imponían todavía los abuelos. Aún Antoine no había comenzado a meditar en eso de la fusilería de las cosas. Lo que veía esparcido aquí y allá, aún podría ser transcendental en la vida de los herederos.

Su historia no sería contada a grandes trazos, no la actual, menos la futura, solo sabremos lo que a medida que crecía la familia, Alejandro escribía a mano en incontables libretas Norma bolivariano, número de orden 900 como referencia para obtener otras cuando las necesitara. En una de ellas registraría meticulosamente sus ingresos y sus gastos como consta en esta que acaba de mostrarme Benjamín diciéndome que de donde provenían había muchas otras memorias.

Diciembre 31 1958

Saldo 600.07

12.05 Consignación 2.500.00 3.100.07 12.12. Consignación 3.640.00 6.740.00

Agosto 1. Retiro a mi nombre 6.200.07

Saldo 540.07

Algo hay por estos días de pérdidas de seres y de cosas que me trae como arrastrado por una amarga sensación de derrota, de recordar a Doña Catalina decir tantas veces, preguntarse, para qué tanto remar si al fin y al cabo vamos a naufragar. Son ya varios los días transcurridos de ver el despojo, así me pareció la desocupación de la casa de Alejandro— no volví a llamarlo Don, que a él no le gustaba, decía que así llamaban a los mafiosos italianos, que él era simplemente Alejandro.

Espero volver pronto a mi estado de ánimo normal y dejar atrás esta horrible sensación de querer abandonar la lucha, de no hacer nada. Lo lograré, pero no quiero dejar de registrar en estas páginas el dolor que me causa ver convertido en pilas de cosas “para botar” lo que un día fuera valioso para su dueño. No es masoquismo, solamente confrontación de la realidad mi lento caminar por todos los rincones de mi casa mirando fijamente nuestras posesiones, sobre todo mis libros y los tantos diplomas y menciones, fotografías, medallas y trofeos, colgados en las paredes de mi biblioteca, recordando al poeta Rodolfo Leiro, de la Argentina quien al decirle que le iba a enviar un diploma, me pidió que por favor no lo hiciera que “ya no tengo donde colgar uno más”.

No siendo de los que prefieren no enfrentarse a sus propios reclamos y necesidades, me daré un tiempo, corto eso sí, para rumiar sobre esas cosas, digerirlas, regurgitarlas y finalmente, volver como los vacunos a pastar en el campo de mi vida que aunque no lo habite por mucho tiempo, es mi única heredad y en ella tengo que amanecer mientras esté vivo sin dejar que se mueran sus sementeras ni se desplome la casa donde vivo ni el tedio nos acoja; esta vez seremos tres para cuidarnos, para impedir que nos volvamos adictos a la soledad, y en vez de ayudarnos a gozar lo que tenemos y lo que hacemos, nos volvamos verdugos de nuestra felicidad.

Dije antes que somos tres, Lucia, Benjamín y yo, en cuanto a vivir bajo el mismo techo, pero en verdad, existen lazos muy fuertes que nos unen al resto de la familia, que vaya Dios a saber quizá no volvamos a ver. Bien sabemos más que ellos mismos, de sus vidas, sus alegrías y sus tristezas porque nos arreglamos para mantenernos en contacto con ellos. También nos halaga que todos llaman a Lucia muy menudo para contarle algo de sus vidas. Así sabemos de ellos y de sus hijos, aunque la brecha generacional es enorme y poco es lo que podemos hacer para cerrarla o cruzarla. Sin embargo, a todos los une un mismo lazo en cuanto a sus rasgos físicos y ciertas modalidades de obra y pensamiento porque todos fueron criados bajo las más estrictas reglas morales y sociales que un hombre respetable y honesto y una mujer hecha de amor y sacrificios puedan darle a su prole; pero de ahí al resultado individual, las diferencias de personalidad son tan grandes que las palabras de Catalina se hacían cada vez más ciertas: “Parece imposible que siendo hijos míos sean tan diferentes”.

Como lo pensé, y fueron horas solamente, dejé de pensar en negro y volví rápidamente a pensar y actuar, en azul y rosado. Entre el prisma de la vida cotidiana, han vuelto los amaneceres del optimismo, de vivir lleno de ideas, maduradas, compartidas y con futuro. Son estas las madrugadas que me recuerdan otras, en la casa vendida, con los abuelos, con los cuñados, con las visitas, ahora con Benjamín cruzando el puente que hemos construido para que se entiendan entre sus pilares, mis 88 años y los 60 de él. Con nosotros Lucia quien como decía su madre, cuando nació, Dios rompió el molde y la hizo única. Ella, la vida en su más cálida esencia, el optimismo, la reflexión y el sosiego, siempre a prueba, se sobrepone al fuego de los sinsabores; cuando las llamas amenazan con expandirse, ella corre a detenerlas y convertirlas en brisa suave y cariñosa.

Hablando de llamas, corren por estos días desbocadas, las furias del descontento social, si, en muchas partes del mundo, pero es aquí en nuestra patria donde se sienten en carne propia. Todos estos hijos herederos de la casa paterna, ya disuelta, volvimos a casa sanos y salvos físicamente aunque lastimados en nuestra tranquilidad personal por los bloqueos humanos y de barricadas de troncos y llantas incineradas y toda clase de escombros, lo de menos entre el caos causado por las arremetidas de la gente contra las fuerzas policivas, no del orden, en proceso contencioso sin porvenir alguno en una sociedad en la que se vulneran todos los derechos objetivos y subjetivos.

Sobre el caos de los saqueos, los muertos y desparecidos que solo a la Comisión Internacional de Derechos Humanos le interesa investigar, se tienden los reclamos de los líderes del movimiento y los representantes del gobierno y se vuelve sofisma de distracción la mal llamada Mesa de Negociaciones, léase caos en sesión permanente. Nada nuevo en la compleja historia de esta patria nuestra que no voy a narrar porque con hablar del presente estoy hablando de todos sus renovados ciclos turbulentos e inciertos desde su creación como nación. Sometidos a la incertidumbre de los sistemas de gobierno que manejan el mundo en su totalidad, Yo, tú, nosotros, que no somos científicos de la política ni expertos en su aplicación, solo podemos ir con quienes piensan que el inevitable cambio habrá de llegar cuando nos mudemos del hábitat terrenal y vayamos a vivir en la eternidad de la constancia. No pretendamos que las cosas cambien, si siempre hacemos lo mismo, algo así creo, fue dicho por Einstein. La crisis es la mejor bendición que pueda sucederle a personas y países, porque la crisis trae progreso. La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. Es en la crisis que nace la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar ‘superado’. Quien atribuye a la crisis sus fracasos y penurias, violenta su propio talento y respeta más los problemas que las soluciones.

Sentados en la cocina de nuestra casa, en las dos altas butacas suizas de madera fina tallada, con almohadones, callados testigos de nuestras charlas mañaneras, disfrutando la segunda tasa de tinto del día, Benjamín y yo no dejábamos de comentar sobre esas tantas crisis nacionales recordando siempre a Alejandro y nuestras charlas optimistas que solucionarían todos los problemas del país: “¿Que vamos a hacer hoy? Algo tiene que cambiar que no sea reacomodar la casa”. “Pues sí, pero luego toca volver a lo mismo…al menos yo. Usted por fortuna tiene muchas cosas distintas que hacer” “Lo importante es que esta crisis social pasé pronto”. “Quisiera darle una vuelta a Colombia, en bicicleta, a ver que aprendo “A mi déjeme tranquilo. Ya sabe que no me gusta salir a ninguna parte”. “Igual Benjamín”. “Así mismo. Aquí siempre, acompañándome”.

Y recordamos que Benjamín había vivido la aventura de su vida que lo llevó al Salvador en Centro América a estudiar diseño gráfico. Allí, por primera vez en su aún corta existencia, 20 años, aprendería a vivir solo y depender de él mismo. Igual resolvió regresar cuanto antes a su patria luego de encontrarse con una pistola apuntándole a la frente, tendido en el piso de una tienda, mientras una pandilla callejera de las temibles maras saqueaba el lugar. Poco o nada obtuvieron de él que nunca llevaba encima nada de valor; solo lograron que se reafirmara en su propósito de volver a la seguridad de su hogar.

Él no había nacido para ser trotamundos. Volvería a ser el fiel compañero de su padre, celoso guardián de sus secretos de viejo amañado consigo mismo. Ambos se las dieron por muchos años de independientes, huéspedes en su propia casa, Benjamín, por quien se sabía qué quería su padre ese día y a esa hora y Alejandro, viendo pasar el mundo del resto de la familia, de la sociedad, de la política y de la cuadra del barrio, y de los amigos, sin decir nada ni siquiera opinar, solo disfrutando, a veces a regañadientes, de las fiestas y los paseos de cada cual, las visitas semanales de Alba administradora de las cuentas bancarias y acciones en la Bolsa de Alejandro. Igual administraba sus ingresos de dueño de la mina de mármol Venecia, y de la marmolería Da Vinci, y gastos personales y los de la casa en donde no faltaba nunca nada de nada, ni había ocurrencia alguna de poseer algo que Alejandro no concediera. De ser la mediadora en la provisión de todos estos beneficios se jactaba Alba, lo que le daba un aire de prepotencia insoportable y dominio sobre su padre y la familia toda.

Escuchando, haciéndose el que no estaba, Benjamín vivía enterado de los asuntos que transaban su padre y su hermana. “No se preocupe… que yo sé cuándo comprar y cuándo vender…”, le oía decir frecuentemente hablando de lo que invertía en la Bolsa de Valores y de cuántas acciones tenían y lo que valían...”

“Ojalá que no se vuelvan basura un día de estos”, oyó que le dijo un día Alejandro mientras guardaba los valores recibidos. Benjamín era el único que sabía la combinación de la caja que Alejandro tenía empotrada en una de las paredes de su alcoba. De allí, sacaba suficiente “suelto” para tener a mano, lo que él llamaba, plata de bolsillo, para los cigarrillos y el traguito que ambos consumían como si no hubiera nada más que hacer. Y sin faltar para un billete de la Lotería, cualquiera, de las que ofrecía Don Fortunato, el lotero, cuando se tomaba un tinto con su cliente favorito a quien no pocas veces le dio a ganar al menos el último, o un seco, y en un par de ocasiones el mayor. Otras cuentas, giradas en cheques, no pocas veces en blanco, “pero me trae la factura” ,los gastos extraordinarios de los hijos mayores, la abundante quincena en efectivo para Doña Alejandra y los constantes desembolsos para las pensiones de los colegios de los hijos y hasta de los nietos cuando los tuvo que fue bien rápido, tan rápido que llegó a confundir un día los últimos de su paternidad con los de sus también lujuriosos hijos Darío, Daniel y Jesús. Alejandro sorprendía a sus hijas de cuando en vez, con unos pocos billetes para sus necesidades personales, porque, “ustedes, digan a ver. ¿para qué quieren plata? …¡Bastante que me cuestan sus colegios!”.

Era la época del Apple Macintosh, el milagro de la tecnología moderna para el procesamiento de datos y edición de libros por computadora que había cautivado mi imaginación por lo novedosa e innovadora. Vi entonces mi futuro de escritor y el de mi nueva familia trazado en la pantalla de una pequeña caja metálica llamada televisor donde se movían como por arte de magia las creaciones que mis dedos trazaban desde un teclado. También había encontrado el nicho perfecto para mi primer operador de la palabra computarizada, Benjamín. No pretendamos que las cosas cambien, si siempre hacemos lo mismo, perdió entonces su pronóstico porque precisamente hacer siempre lo mismo constituía su tranquilidad; cambiar de rutina representaba un verdadero drama para él.

A Benjamín nunca le faltaba nada que, aunque sus gastos eran pocos, era mejor que tuviera lo suyo, que de ahí gastara para los vicios, que fuera de eso, todo se lo daba su mamá. Que como era medio lento para aprender algo, que como que no entendía nada rápidamente y por todo armaba una película, y le daba por hablar necedades, pero que como era tan buena gente y tan servicial, entonces “no me lo toquen”. Para Benjamín, la vida era sencilla y descomplicada. A su nuevo, Macintosh Clásic a color, llegarían muchas, muchísimos manuscritos para levantar, que su hermana Lucia, directora del primer centro de Autoedición del país, le hacía llegar constantemente sin exigirle que se los regresara en persona a sus oficinas en el centro de la ciudad, que los dejara en su Mac para transferirlos a un casete y ponerlos en su magnífico Macintosh III.

Anoto, tomado nuevamente de una de las libretas que conserva Benjamín, los saldos que su padre había registrado sin fecha, curiosamente, y sin picos, que, según él, solo eran sobrantes sin importancia”. Lo que vale son los ceros a la izquierda …”.

1980 “Saldo 125.000.000

Junio 16. Consignaciones\* 250.000.000 375.000.000

Junio 31. Consignaciones 118.000.000 493.000.000

Agosto 1. Honorarios 5.000.000 488.000.000

\* Premio mayor de la Lotería Nacional.

No era de extrañar entonces que la familia Matamoros fuera considerada rica aunque de clase media, por esos tiempos, cuando la clase alta, aún lo era, no por tener dinero sino por tener “apellido”.

Siendo pocos aún los habitantes de Hato Viejo, mucha era la curiosidad de esos pocos cuando se hacia una entrega proveniente de Galerías, en el occidente de la ciudad, centro de distribución de electrodomésticos y muebles y otros lujos que llenaban la casa de Alejandro. No faltaría quien se asomará a husmear una y otra vez por entre los cristales de la sala de su casa la última entrega, un televisor Cent modelo N-2005 en blanco y negro. Ya hacía un año que había llegado la Televisión al país, pero pocos eran los afortunados que podían obtener un equipo como el recién adquirido por los Matamoros, a quienes llamaban “le Nouveau riche”.

Cuidadoso de conservar su imagen de hombre honesto y trabajador, Alejandro había conversado con sus hijos respecto al asunto recomendándoles que bajo ningún motivo entablaran amistades con desconocidos mucho menos que aceptaran visitar sus residencias bien conocidas por su estilo de construcción, enormes, con garita de vigilancia instalada en su entrada para albergue de los vigilantes armados con metralleta de cañón recortado. Allí tampoco faltaban dos o más Road Runners de la Plymouth, algún Ford Lobo 4x4 y por supuesto Mercedes Benz a granel blindados y con cristales oscuros.

No obstante, las jóvenes mujeres estudiantes de sus hijas terminarían haciendo migas con las igualmente jóvenes hijas de los “amos” del barrio a cuyas fiestas acudían especialmente las semanales los sábados por la tarde cuando las vea salir sigilosamente como tratando de evitar su vigilancia, y alejarse rumbo al parque “a dar una vuelta”. ¿Tan arregladas? Les preguntaba solo para recibir un fruncir de hombros de las tres en desparpajado caminar hacia su paseo. Poco sabría de las cosas que ellas sabían de sus amigas, menos de sus talentos para aprovisionarse de perfumes y prendas finas interiores importados y hasta de joyas preciosas. Vaya uno a saber, se preguntaba, cómo y de quién las obtenían los proveedores y cómo pagaban por ellas y sus hijas con lo poco generoso que él era con ellas. Ignoraba que la fuente de abastecimiento eran las hermosas azafatas de la Línea Aérea Internacional LANAR, dichosas viajeras con sueldo en cuya hermosura descansaba el encanto de viajar por aire. Curiosamente veía detenerse aquí y allá la Van de la línea área, recogiéndolas o dejándolas a distintas horas del día, más nunca pensó que ellas eran la razón de su preocupación.

No habían transcurrido dos años de esos devenires de barrio en desarrollo cuando su hija Margarita lo sorprendió con la noticia de que había sido empleada por Lanar como azafata de vuelos internacionales; lo hizo ya luciendo el uniforme azul de falda corta ajustada, saco cruzado apretado a la cintura, y anudado al cuello un pañuelo rojo ancho con flecos extendido sobre los rastros del cuello de una camisa blanca. Completaba el atuendo, medias veladas, zapatos negros de charol de tacón alto y guantes de cuero negro y sobre sus cabellos en trenza, un pequeño bonete con el escudo de la empresa. Alejandro no pudo disimular la sonrisa de agrado que le causó ese primer empleo de su hija, aunque se abstuvo de hacer ningún comentario limitándose a decirle: “Espero que sepa aletear muy bien esa buena moral que le enseñé”.

Margarita daría comienzo a su carrera aérea viajando dos veces por semana a Miami y una a New York, vuelos que realizaba llevando en ocasiones encargos de sus amistades, no solo paquetes pequeños sino hasta maletas que simplemente serían recogidas por sus destinarios alertas a su llegada. Nada complicado. En agradecimiento reciba atenciones especiales durante su estadía de un día para otro, en Miami Beach o en Manhattan.

Eran tiempos de gran prosperidad para muchos en Hato Viejo y en el país entero, condiciones que para Alejandro eran de dudoso origen, sobre todo cuando la miseria era tan notoria entre la gente común y corriente que no encontraba trabajo alguno o si lo lograba, el salario minimo era tan insignificante que a duras penas les alcanzaba para una comida al día y para los gastos de ir y volver de los lugares donde trabajaban.

Cómo vivían, eso era conocido: del rebusque…para lo que sobraban talentos en todas las clases sociales del país, cada una en su estrato, y los de bien abajo, en la calle, en los Pulgueros, en las esquinas, al aire libre, o de puerta en puerta y en sus trabajos, ventas por catálogo de prendas y perfumes hasta postres y golosinas, y recientemente, de artículos extranjeros que comenzaban a aparecer como caídos del cielo. Pues sí. Lo eran. Las empresas aéreas que servían al país, parecían ser las aves mensajeras de cuyos buches caían los nuevos productos que tenían salida inmediata. Bonanza se llamaba, la había de todo, cafetera, petrolera, arrocera y licorera, todas enriqueciendo a los de arriba, dándole esperanzas a los obreros, y prestigio al gobierno de turno.

Por sus altos niveles se paseaban los amos de las empresas y por todo el balneario del mundo entretenidos con sus juguetes. Fue entonces cuando nacieron las líneas aéreas privadas, una de ellas Executive Air en la Zona Comercial de Hato Viejo cercana al aeropuerto la Puerta de Oro.

Andanzas por las nubes, fue entonces el tema del día en el desarrollo del comercio internacional, ahora con la presencia física de los poderosos empresarios que iban y venían a gusto por todo el mundo, firmando acuerdos con sus socios en los EE.UU, notorios entre ellos los gobernadores de Nevada y California, en cuyos jets se desplazaban, o sus enviados. Fue común y corriente verlos aterrizar en la Puerta de Oro de la capital, sin control alguno de las autoridades, y descargados y cargados, “See you soon”. “Good Bye”.

Igual ocurría en los puertos marítimos de donde salían y llegaban toda clase de embarcaciones, cargadas hasta el último rincón de sus bodegas con toda clase de mercancías. El tema era siempre especulativo de cuanta ocurrencia se cruzará por la mente de Alejandro y de Benjamín, entretenidos con las noticias de la bonanza y con su propio tejer de la cosa humana. Y para saber de la geografía de tanta andanza, estaban los libros de su enorme biblioteca, entre ellos la Colliers, el Tesoro de la Juventud, los clásicos de la lengua española editados lujosamente por Aguilar, tampoco faltaban las monumentales obras de Dostowyesky, Shakespeare y Cervantes, Alejandro Dumas y Julio Verne. Y para leer casualmente, Selecciones de Reader Digest traídas de México. Tampoco faltaba El Matutino, a las 5 de la mañana y el Vespertino a las 6 de la tarde.

Al parecer, para Alejandro y Benjamín, el universo entero estaba en los anaqueles de la biblioteca y en las noticias de los periódicos , y su comprensión solución, en las fecundas ideas y soluciones de familia reunida todos los domingos alrededor de un asado y unas cuantas canastas de Bohemia, la cerveza nacional de su preferencia. Margarita, a su vez, era el vínculo físico al extranjero, ahora viajaba a Madrid una vez al mes, y para completar el circulo noticioso, Enrique acababa de obtener su licencia de piloto comercial y pronto comenzaría a volar los Jet de Executive Air.

No había entonces razón alguna para quejarse. El mundo andaba por las nubes y allí se deleitaban chicos y grandes y nadie parecía caerse y lo caído caído estaba y así quedaba y se olvidaba en las investigaciones exhaustivas que hacia la ley sobre los incontables muertos en peleas callejeras, en asaltos de caminos, o secuestrados, en lo que se dio por llamar pescas milagrosas, en las fondas del camino o a los buses de pasajeros, en matanza de policías y a su vez de sicarios, todo eran noticias de segunda plana. En la primera, el mundial de Fútbol… y en el diario haber familiar, el aumento de trabajo en la Marmolería Da Vinci, de Alejandro, donde sus hijos Alirio, Darío, no daban abasto enmarmolando las mansiones de los millonarios que acudían a ellos con ese propósito… “cueste lo que cueste, solo entreguen rápido”, les decían. Lo curioso del caso eran sus órdenes bien pagadas de construir templos y elevar altares de mármol en ciertas iglesias a las que acudían en ostentación de su religiosidad.

Entre los libros de su enorme biblioteca Alejandro buscaba las respuestas que su inquieta mente hacía y que él colocaba en boca del personaje de su novela inédita escrita por un “campesino narrando sus vivencias, alegrías y tristezas”. No te desanimes”, le decía Alejandro a Antoine:“Si no encuentras en mi novela, que no es tanto eso porque son hechos reales de mi vida allá en la Montaña cuando no pensaba estar tan lejos ni expuesto al peligro de no volver jamás. Como tú sabes Antoine, yo, contrario a ti, nunca he ido al extranjero ni me interesa. Si todo lo que quiero saber está ahí en las enciclopedias y lo que quiero decir, en mi novela que creo llamaré como me llamo yo o alguien de mi “tribu”, me gusta Matías, “un campesino de mi vereda a quien quise mucho. Podrás decir que es arrogancia mía querer ser escritor, pero no lo es ni será una más del montón, es legítimamente una hija que lleva mucho tiempo esperando ver la luz, que ha tenido una gestación dudosa de originalidad, y prolongada por falta de manutención, no de cariño, Antoine, no de cariño que lo ha tenido de más y en buena medida…a ver si te apuntas y aceptas ser su padrino, que con tus talentos como escritor reconocido y… bueno, hasta eres editor, querrás bautizarla y adoptarla… creo que llegará lejos, que le he visto un sinnúmero de precocidades. Jajaja.

Y ambos reían, Alejandro burlándose de sí mismo, y Antoine, en verdad admirado de las “precocidades” de su suegro. Hombre honesto, su novela no sería un bastardo de su creacióin sino, como había leído en el incipiente prólogo que Alejandro pulía y pulía diariamente: “este hijo mío ha sido engendrado con todas las de la ley de la paternidad, por un buen padre de buenas costumbres además de sanas, por lo tanto no es ningún hijo putativo que llevándolo con paciencia será de mucho entretenimiento cuando algún lector lo saque de paseo y se siente en alguna banca de algún parque o en un rincón de un corredor, y lo lea y estudie y le conceda algún mérito”.

De acuerdo con las expectativas de Alejandro, quien no perdía tiempo pensando qué sembrar en su jardín de hortelano citadino, si madroños o guanábanos, él simplemente sembraba y esperaba ver crecer algo. Que los resultados, decía Alejandro, “buenos han de ser porque cuando se siembra con verraquera como he sembrado yo, se recoge a manos llenas y todo muy sabroso”.

Teniendo en cuenta todas estas apreciaciones, Antoine apuró a su elocuente suegro a que terminara su creación que él se encargaría de su lanzamiento y distribución. En su mente estaba grabado el primer párrafo de la tan soñada obra por su autor: “Sentado en el quicio de la puerta y encorvado, pues estaba cargado de años, el abuelo, con una navaja capamarranos labraba un bordón que le ayudaría a sostener los años que ya eran tantos que había perdido la cuenta”.

Encuentros eran esos entre suegro y yerno de gran importancia para ambos, Antoine había encontrado en Alejandro un hombre que no distaba mucho de ser exactamente el mismísimo personaje de su propia novela. Honesto, sencillo, hijo de la legitimidad del matrimonio cristiano de sus padres, progenitores de 18 hermanos, había engendrado 10 hijos, todos legítimos, sacaba pecho oír su hazaña… “amplia y sin reparos ni arrepentimientos”, porque siempre “tuve muy metido en la motola la consigna del Creador “Creced y multiplicaos” que siendo un católico practicante no podía correr el riesgo de no contribuir al mandato divino. Por eso crecí no como reza el dicho, como Pedro por su casa, sino como Yo por la casa de Pedro.

Siempre añorando la lejana vereda perdida en las montañas del centro del país que nunca hubiera abandonado de no haber sido por la maldita guerra fratricida que se libraba desde tiempos inmemoriales. Alejandro vivía pretendiendo construir su mundo familiar como había visto crecer el de sus padres, campesino, un cultivo de verduras, un gallinero, una vaca lechera y un par de cerdos. La carne no faltaría ni los quesos ni la mantequilla, ni los huevos ni las frutas. Bien que logró proveer a su familia de todo lo deseado en las enormes plazas de los pueblos vecinos.

Alejandro sentía la pobreza y las necesidades de su hermano gemelo, de novela. “Mientras se calentaba el agua, se fue atrás de la cocina donde colgaba de un estantillo un canasto viejo que servía de nido a las gallinas que tenían él y Marga su mujer…encontró dos huevos que le servirían para su agua sal; no se acordaba que ayer fue a buscar huevos y encontró a la gallina saraviada culeca y que las cariocas ponían en el monte. Y pensó en su mujer que a las culecas las amarraba para que les pasara pronto la borrachera y a las que ponían en el monte, les amarraba una cabuya larga y las largaba, siguiendo la punta de la cabuya hasta encontrar el nido. De ahi el dicho que por el hilo se encuentra el ovillo.

Y el ovillo era enorme. Sus vueltas y revueltas un largo y enredado cauce de situaciones humanas, sociales y políticas que se enredaban alrededor del mundo que Alejandro creaba, desconocedor de las fuerzas que lo movían y de lo cerca que estaban de su vida y la de su familia, de repente en marejada y en pleamar, Alba en Italia, Enrique y Margarita en alto vuelo vaya alguien a saber dónde, todos en plena cosecha de bienes materiales que parecían llegar de la nada. De ello comentaba siempre con Antoine. Su vida bastante diferente a la de muchos de los amigos que recibía en su casa, por lo general compañeros de trago, de asados, de la despreocupación, de la charla casual, sin enfoque definido, en su mayoría, constructores y urbanizadores, máximo bachilleres, sus negocios en auge y al parecer libres de problemas con la ley o la sociedad.

En el caso de Antoine, Licenciado en Literatura, Filosofía e idiomas se había especializado como editor de sus propias obras y las de otros escritores de su generación. Veinte años mayor que Lucia, sus personalidades se acercaban en la firmeza y tino con que manejaban sus asuntos, como si no hubiese diferencia de edades. Había ocupado diversas posiciones ejecutivas en empresas internacionales y se distinguía por una gran capacidad para crear a su alrededor un ambiente de solidaridad con la situación de otros y gran empeño en atender con prontitud y generosidad a las inquietudes sobre todo intelectuales. Confidencialmente, Antoine le contaba a Alejandro de sus vínculos con miembros del Congreso, algunos en posiciones muy cercanas a la seguridad del país, y según Antoine, expuestos a perder sus vidas bajo la mira de los verdugos de la ley.

Reunidos todos los días en la biblioteca de Alejandro, los dos, críticos de la cosa nacional, daban rienda suelta a sus especulaciones y pronósticos que tan solo conducirían a una auto justificación y alabanza mutua si algo de lo pronosticado por ellos ocurría. De ser así, no faltarían los “Te lo dije. Yo tenía razón”, y el aludido se sentiría parte de la historia. Con ellos, Benjamín. Reservado, callado y siempre presente, sonreía en afirmación de lo que oía observando con admiración a los “patrones”.

 El duro, así llamaba Benjamín al “patrón” de Enrique, era el personaje del momento por esos días de diaria ocurrencia de algún hecho “ruidoso” pero de la misma duración de todos, 24 horas, investigaciones exhaustivas, “vamos a comerciales”, y Sábados Felices de ineludible sátira y engañoso acomodo a la mentira institucional.

Hugo Alberto de los Ríos y Santos de la Guardia era su nombre y tan ostentoso su porte y maneras de ser de hombre de sociedad, versado en el arte del buen hablar, seguro y convincente. Curiosamente canoso para sus treinta y ocho años, siempre meticulosamente vestido, listo para asistir a un acto social en algún lugar de alto “caché” como era el Club Metrópolis del que era socio inversionista. Aunque su presencia no era constante y sus ausencias largas, cuando asistía era para celebrar alguna nueva inversión en alguna nueva industria.

De sus andanzas era testigo Enrique quien solo conocía el destino de sus vuelos una hora antes de efectuarse cuando debía estar listo para abordar uno de los 3 business jets, executive Warcraft & private plane avión ejecutivo, transporte VIP corporativo diseñado para el transporte de grupos de empresarios o personalidades. En el caso de los jets de Hugo Alberto, estaban diseñados para acomodar a dos tripulantes, el piloto y un asistente de vuelo encargado de atender y ocho pasajeros. Tales aviones eran fácilmente convertibles en transportes rápidos de carga. Tal era el medio de transporte internacional en el que se movían las “personalidades”, los “ultras ricos” del país, y sus invitados, personajes de la política y de la industria y en no pocas ocasiones las más hermosas mujeres del país. Lorena Mackenzie de origen australiano era la azafata compañera de Enrique, no hablaba español, poca falta le hacía pues con su sonrisa bastaba para ser interpretada. Su condición, como la de Enrique era permanecer en el anonimato, habiendo firmado cláusulas de confidencialidad. Aparte estaba el magnífico sueldo que devengaban, propinas increíblemente grandes y regalos costosos, pero también exigencia absoluta de cumplimiento de órdenes por extrañas que fueran. "Tengo que decir Si a todo lo que se me diga qué hacer porque uno no sabe cuándo se pierde el equilibrio entre el trabajo y la vida personal”. Aun así, Enrique, en confidencia con Antoine no pudo dejar de “chismosear” sobre lo que veía y oía durante sus tantos viajes al exterior especialmente a los Estados Unidos de Norteamérica.

Desconocedor del origen de los bienes de Hugo, atribuía su riqueza a sus vínculos con los viajeros que transportaba últimamente, sin disimulo alguno, puesto que ninguno era buscado por la ley pese a los rumores que sobre ellos recaían de ser narcotraficantes y traficantes de armas. Lo que, si parecía ser el caso, era que Hugo era portador de algo más que pasajeros y que no en vano se desaparecía y no regresaba especialmente cuando viajaba a China y a la frontera rusa y él, Enrique, volvía solo. Su misterioso patrón viajaría por su cuenta y no lo sorprenderia lo hiciera via Estados Unidos. Sorprendido si fue por la presencia un dia de esos de regreso de sus viajes, de una mujer de unos 40 años que le fue presentada como Irina Volcaba, “mi socia de negocios”.

A partir de entonces el comportamiento de Hugo se tornó áspero y hasta violento y sus facciones empezaron a cambiar notándose en él un rápido deterioro físico. Numerosas fueron entonces las ocasiones que tuvo Enrique de conocer más a fondo los intrincados caminos de “negocios” que recorría Hugo dado que éste decidió tenerlo más a su lado sin ocultarle sus frecuentes encuentros con personas de la banca y de la política y la milicia, aunque sin hablarle nunca de su “socia” siempre presente. “No te enemistes con Irina”, fue lo único que le dijo un día.

Así transcurrieron unos meses y el estado físico de Hugo empeoraba hasta el punto que fue Irina la que comenzó a manejar en su totalidad la operación de Executive Air con la cada vez menos frecuente presencia de su dueño. Fue a finales de ese año, cuando éste se hizo presente en silla de ruedas, en un vuelo a Moscú de donde Enrique regresó sin ellos. Transcurrieron tres meses desde su “secuestro” como lo llamó, cuando, fue llamado por Irina para que volara a Rusia inmediatamente. En todo pensó menos en que regresaría trayendo a bordo el cadáver de su empleador. Horas antes de despegar, Enrique tuvo la oportunidad de ver su rostro en la sala de la funeraria en donde era velado por un par de hombres extraños con cara de mala muerte. A fe ciega que no tenía el menor parecido con el Hugo que había conocido. Este presente era un fallecido de 80 años nada parecido al apuesto Hugo de marras.

Cumplidas las diligencias de inmigración, con la presentación de los documentos de identidad del occiso, incluyendo su partida de defunción firmada por un funcionario del consulado en Moscú, y reconocido por la agencia de seguridad SEGIN y la ANARKOS, agencia antinarcóticos y de lucha contra el mercado de armas, Hugo Alberto de los Ríos y Santos de la Guardia, en ataúd cerrado, fue conducido al Cementerio de los Olivos y sepultado sin otros testigos que Irina, Jorge y un agente delegado de la SEGIN. Para entonces, Irina controlaba todas las operaciones del extinto. Con su partida, partió igualmente el empleo de Jorge, ya el de Lorena había sido suspendido. No porque Executive Air hubiera dejado de existir sino por su reorganización bajo nuevos propietarios. En cuanto a Irina, esta desapareció del país sin dejar rastro alguno.

No faltaron las especulaciones que sobre el hecho se hicieron Antoine y Alejandro, éste plenamente convencido de que algún “chunchullo” había ocurrido en la desaparición del “duro”. De ello estaba seguro ante la repentina avalancha de capturas que sobrevinieron por esos días, de gente conocida que hasta el momento había disfrutado de su notoriedad como empresarios. Una de esas redadas ocurrió precisamente en la residencia de Hugo en donde solo hallaron habitaciones vacías, una gran caja fuerte desocupada y uno que otro mueble y enseres regados aquí y allá.

Notable si fue la noticia de las acusaciones que se hicieron en pleno Congreso de la República a un recién elegido Congresista originario de uno de los departamentos de la Costa llamado Pablo Ariel Ladino Guevara, viajero frecuente a bordo del Executive Air. Sus planes de llegar al poder se vieron frustrados por su acusador el candidato presidencial Dr. Carlos de la Roche quien lo delató con pruebas, lugares y hechos, de ser narcotraficante. Obligado a abandonar su curul, Pablo Ariel destapó todas sus cartas y se lanzó a una carrera desenfrenada que llevaría al país a una de las épocas más difíciles de su historia, plagada de muerte y desolación. Una de sus incontables víctimas, su acusador, el ilustre candidato presidencial asesinado en plena plaza pública cuando se perfilaba como el seguro presidente de la nación, que habría de restituir el orden y la paz en todo su territorio.

“Te lo dije” fue una vez la retahíla de Alejandro viendo lo que ocurría en el país preocupado enormemente por la decisión de Antoine y Lucia de salir del país y radicarse en los Estados Unidos. La situación no era para menos. La violencia política se acrecentaba, morían a granel alcaldes, diputados, gobernadores y las incursiones de los narcos aliados con las numerosas guerrillas hacían cualquier ciudadano un blanco seguro para el secuestro o la muerte, Con ellos también se iría Margarita trasladada a una oficina en Londres. En cuanto a Enrique, su destino se convirtió en un ir y venir por los tribunales llamado a declarar sobre sus actividades como piloto de Executive Air. “Jamás lo hallarán culpable de haber hecho algo malo”, aseguraba Alejandro. Igualmente pensaba Doña Catalina.

Dejando a Benjamín a cargo de las actividades más sencillas de su pequeña empresa editorial tales como la transcripción de textos escritos a mano, a archivos de computador y el empaste de archivos empresariales, labores que podía desempeñar por su cuenta, Alicia y Antoine viajaron a Washington un día de Julio de 1992. Desde allí atenderían su desempeño como editores bilingües de libros, que para entonces se hacía prácticamente por medios computarizados inclusive la impresión. No fue nada fácil para ninguno de los dos, desprenderse de sus tradiciones familiares mucho menos pensar en que talvez no volverían a verse entre ellos. Ajeno a todo lo que fuera vivir en el extranjero, Alejandro se conformó con pedirle a Antoine que no dejara de comunicarse con él ahora que era posible verse por teléfono como si estuviesen presentes. Antoine le prometió que le enviaría los manuscritos de sus obras para que las leyera y opinara y que él hiciera lo mismo con los suyos. La que si se apuntó a viajar con ellos fue Doña Catalina dispuesta a hacerlo, si no permanentemente, si por épocas cuando ellos la invitaran que sería muy pronto, le prometió Lucia.

Antoine y Lucia regresaron de urgencia al país llamados por Alba ese enero 6 del 2011 para decirles que Alejandro, había fallecido. Ese día marcaría el comienzo de un mundo inspirado por Catalina la abnegada mujer esposa y madre que durante más de cincuenta años había permanecido callada y abnegada en el trasfondo de su gran familia, viendo pasar la historia de sus vidas y la suya de heroína sobreviviente de la gran batalla librada a lo largo de los años. Para Antoine la partida de su suegro fue de gran recordación de su aun presente pasado por su vida. Así le habló unos días después de su funeral cuando fue a visitarlo en su tumba en Los Jardines del Recuerdo.

Alejandro. Mi querido viejo. He venido a verte por la ruta de pinos y el marco de la cordillera empotrada sobre la sabana, y la ventisca de la autopista llena de inquietudes rodantes. Extraño no oír ya más resonar en mis oídos tu voz de patriarca ni escuchar tus carcajadas y tus atrevimientos literarios de novelista puro. Hoy quiero decirte que los recuerdos agigantan mi soledad - solo me queda la esperanza de llenarla con un poco, solo un poquito de alegría, mientras llega la hora de volverte a ver. Dormido estás bajo la lápida que te hiciera la conciencia de tu socio marmolero. Heme aquí, bajo la pertinaz llovizna, instalado con paciencia de visitante deseoso de ser atendido largamente, imaginando estar en tu biblioteca, tomando café a punto, como decías, hablando de todo lo habido y por haber. Nunca olvidaré nuestros encuentros, tan del alma, tan nuestros, ni esas noches cuando la luna coqueteaba con el alba en un retazo cristalino de la claraboya suspendida sobre mi lecho de visitante, escogido a mi gusto en una de las doce habitaciones de tu enorme casona.

Hoy, desperté escuchando el silencio que se apoderó de tu casa desde que te fuiste, se me antoja creer que no estás muerto y que pronto habrás de levantarte a recorrer sin ningún apuro, los largos y fríos corredores de la casa – te ocuparás en "calentar" el viejo Renault 4 de caprichoso y escandaloso arranque, para mortificar a Catalina y despertarnos a todos —luego, satisfecho de oír el motor apurado y arrítmico, te irás a destapar la jaula de los canarios que cuelga de un árbol en el patio trasero, la limpiarás y regarás alpiste por doquiera, y la tupirás con ramas de nabo fresco y colocarás aquí y allá una que otra tajada de ponqué Ramo mientras los incitas a gorjear, con tus requiebros de fumador empedernido; contento de oírlos y verlos revolotear alrededor de su pequeño hábitat, recogerás el Tiempo que deja todos los días el voceador del barrio bajo la puerta del garaje— de paso, no dejarás de hacerle muecas a tu perro Rony compañero de travesuras que te sigue a todas partes con curiosidad de amigo callado que solo sabe mover la cola para decirte lo mucho que te quiere. Rony, es testigo de tu andanza matutina que siempre termina en tu estudio, donde te acomodas a tomarte el primer tinto de los muchos que beberás, que preparas tú mismo, a lo paisa, en olla grande, agua bullente y buen Excelso.

Alejandro. Sentado en tu desvencijado sillón colocado en una esquina desde donde se divisaban los cerros de oriente, contemplándolos, pegado al primer cigarrillo Pielroja de los sesenta diarios que te fumabas, ensartabas coronillas de humo y las veías flotar y desaparecer... y entre bocanada y bocanada, hojeabas el Tiempo, te detenías a leer los encabezados y discutías como si fuera con un visitante real, con el editor, las noticias que traía, y para comprobar que tenías razón, prendías tu enorme TV Sony comprado en Panamá, sintonizado en el Matutino TV y te disponías a discutir una y otra vez todos los pormenores de las noticias mientras mirabas de soslayo con ojos de espera, la calle vacía todavía. Heme aquí Alejandro… al norte de mi nostalgia - bajo la lluvia de mis recuerdos … hoy, la sabana está cubierta con un pañolón de angustias meteorológicas, al igual que antes del viento y la lluvia y la ausencia, son los recuerdos los dueños de esta hora tan especial para quien como yo, vivo en el aburrido exilio de Washington. Solo encuentro la vida en el regreso a mi patria adoptada, así sea para visitarte. Es que en ti está presente lo poco que me queda de patria.

La soledad visita el camposanto en este día y el silencio aturde dispersándose por entre los caminitos de lápidas olvidadas. Cerca, aquí, a tu lado, bajo el césped muerto, veo una loza quebrada y leo en sus pedazos “nunca te olvidaremos".¡Oh Dios! lanza lágrimas de mármol- mentirosa prolongación de un amor jurado, enterrado en perspectiva vertical sobre la osamenta del olvidado. No así contigo Abuelo. La tuya siempre estará vestida con las más bellas flores. Y siempre habrá motivos para seguir hablando…como en nuestro tiempo de largas discusiones y presentación de problemas y tráeme esto y llévame aquello. Hasta Pronto, Abuelo. No te digo Adiós porque el Adiós ya no cabe entre nosotros.

Antoine regresó a la ciudad no sin antes detenerse en el Mirador de La Cumbre cubierto de neblina, esa neblina fúnebre que baja de la cordillera y que persiste como persisten las balas y la miseria sobre la ciudad atormentada y tenaz en su empeño de crecer bajo la sombra de la guerra que ronda los caminos de la patria. "Ve allí y retrata su paisaje de penas, respira su esencia sabanera, ora por la paz de las conciencias, llena tus pulmones del viento citadino, y deja que la brisa sabanera acaricie tus mejillas y pinte tu rostro de colores vivos, renovados, y renueve tu alma de viajero para el regreso a la patria. Entona tu cuerpo con el beso de amor de tu ciudad nativa... así podrás regresar a tu hueco en Washington con pasaje de regreso--que, sin venir a querer a nuestra ciudad, como te pido que lo hagas, habrá de borrarse y perderse de tu memoria cuando sin llevarte algo suyo pierdas la razón y destruyas la esperanza de volver para habitarla eternamente.

Ha transcurrido el tiempo con su inmisericorde golpe a la longevidad de la gente que ayer no más fuera una razón para pensar que su historia no se acabaría ni olvidaría. Hoy celebramos el Año Nuevo del 2022 y con su llegada, la realidad de que somos ya pocos los que quedamos de aquellos que fuimos parte de los hechos narrados a lo largo de este diario, porque lo es, de unas cuantas vidas de las cuales inevitablemente hemos hablado los sobrevivientes durante estos días festivos cuando, como en ninguna otra época, existen razones para hablar del ayer con fuerza tal que pareciera que son actuales. Es que en la sala de mi hogar suenan las melodías que se desprenden del antiguo reloj de pared, que colgara una vez de la pared en la biblioteca de Alejandro. Vino a dar a nuestro hogar, luego de haber estado al cuidado de Enrique.

Quiso su afecto por Lucia que ella lo tuviera luego de haber sido quien siempre cuidó de que no se detuvieran sus delicadas cuerdas. Al colgarlo en nuestra sala y escuchar cómo de sus entrañas brotaron en dulces tonos vieneses los primeros minutos del año, sentimos también rodar la presencia de su dueño y el eco de tantas otras campanadas de año nuevo, cada año, en espera de algo nuevo, cosas normales, aunque siempre preguntándonos: ¿Será que todo va a ser normal? Las respuestas siempre fueron adivinanzas, estimados, posibilidades, pero no certezas y eso podía sacarnos de quicio. El ser humano por naturaleza, aborrece la incertidumbre, tanto como para preferir una noticia mala que una suposición, así sea buena.

"Todos a cuidarse y quererse mucho” nos decíamos entre abrazos y uvas verdes un gran placer” sintiendo que no éramos felices del todo, que las incertidumbres lo impedían. Solo era concluyente el estoicismo, aunque muchas cosas no fueran posible. Y aceptábamos y aún lo hacemos, cambiar lo que podíamos y aceptar lo que no podíamos cambiar. Lo que nunca pensamos, no en esos tiempos cuando aún no se habían ido los abuelos, era en el desvanecimiento de nuestras vidas. Hoy, la pandemia de final de siglo que aún persiste, y la pérdida de muchas vidas ha sembrado en nosotros la semilla de la duda sobre cuánto tiempo nos queda de vida y la certeza de que tenemos que tolerar lo desconocido, mejorar lo conocido y ver los retazos de paz y alegría que se asoman en el horizonte ahuyentando en lo posible las incertidumbres y aceptando las realidades que afligen a los nuestros, Alba y su enfisema, Darío, y su coronaria de tres vasos, Margarita, hipertensión, Alirio, su aneurisma inoperable, Jesús su trombocitopenia, así dice que se llama su bajada continua de plaquetas y Enrique, su distrofia muscular. “ya podemos abrir un geriátrico de familia, dice Jesús. A su alrededor, sus hijos y sus nietos, incontables, no se conocen entre ellos y a duras penas si aparecen y se dejan abrazar de sus tíos, cuando se gradúan, se casan y o se van a vivir en el extranjero. Viendo pasar el largo desfile de mí ya establecida en mis venas enorme familia política, escribí recientemente este poema titulado: “Se ha Ido la Dueña de la Casa”.

Llegado he al marco de una puerta’

Cerrada está, trazada en la negrura de un paisaje carente de huerta,

huérfano de aleros, vacío de ternuras.

Allí donde todo hubo y nada hay…

Donde la casa tras la puerta aquella fuera dulce amaño, luz y vida, noche y día, fiesta y armonía,

La portada, sola está en desamparo.

Tu viaje, tu paso a nueva vida, tu gentil postura ausente,

tu mano generosa ya vacía

tu vuelo sin regreso a nuevo espacio,

Aquella puerta sembrada en una duna se ha quedado….

Tras la puerta se detuvo un río, se quebraron mil cristales, se callaron de rumores tibios muchos cuartos, se acabó el grano en la despensa, se cerró la calle y la avenida,

el número está borrado,

Y la dama bella, toda gracia y todo sueño ya no habita tras aquella puerta

a la que, a todos, una vez, nos recibiera.

Nacido de pronto, brotado de la nada, ante la puerta de la casa ya vacía de Alejandro y Catalina. Se ha ido la Dueña de la Casa es decir lo que verdaderamente se siente, sin pensarlo. Ojalá todos pudiéramos ser repentistas y no tener nada que guardar nada por mucho tiempo y entrar en meditaciones que no conducen a nada sino a frenar nuestra primera emoción, lo que nuestro yo necesita decir, sin premeditación ni malicia, ni intereses creados, dejando correr lo espontáneo, lo que hace hervir la sangre y avivar la llama, esa llama interior que Dios prende en nuestro interior que se llama Amor, que corre y acelera el corazón "de repente" ante un niño de la calle, ante un mendigo, ante una tragedia, ante un amanecer de verano, ante una obra de arte, ante la bandera de la patria, ante una "pandemia". ante la muerte de un desconocido, ante el dolor de todos.

Repentismo libre de imposiciones académicas, manifestado en un poema, en una oda, en una obra musical, en una copla, de la voz de un juglar, que nace de nuestro interior emocionado, que nos hace reír y llorar emocionados, puramente emocionado, sin artificios, que se vuelve poema, que se musicaliza sin instrumentos... sin rima, sin pretensiones de lauros. Repentismo es abrazar con fervor a quien dice algo que nos llega al alma, aunque no lo conozcamos —se abraza a un enemigo en medio del repentismo que debe ser el perdón— repentismo es aplaudir a un hombre solitario que toca una guitarra y canta en una esquina y no espera otra cosa que una limosna; repentismo es vivir diariamente sintiendo la vida correr en el rumor de las hojas de los árboles, en el trino de las alondras, en el eco de la ciudad lejana que bulle de gente que corre a trabajar; repentismo es decir Buenos Días Mundo todos los días aun en estos de tanta angustia y soledad, repentismo es vivir sin premeditación alguna de qué, cómo o cuándo hacer algo. Repentismo es vivir el momento a plenitud, es ser buenos siempre; repentismo es vivir dando gracias al Creador sin ceremonia alguna, sin altares ni procesiones ni festejos pirotécnicos; repentismo es despertarse sonriéndole a la vida diciendo Buenos Días Mundo.

Sin embargo, el pasado siempre está presente con sus connotaciones naturales de alegría y de tristeza, un cierto “deja vu” de haber vivido un instante de Belle Epoqué arrullados por la Esperanza de una nueva alborada, como dice el poema que escribí para celebrar este Año nuevo del 2002: "En el alba irradia la esperanza / Punta de flecha que la defiende / y guía azul ensueño de esta paz bendita / Azul caricia de la Patria mía / verde tropical de mi Colombia.

No puedo evitar entonces la nostalgia que me invade, pero sí impedir que me abarque el desasosiego y reste algo a la lucha por venir para seguir cumpliendo henchido de Paz y Armonía. Son tantas las realizaciones por cumplir. Están trazadas en el escenario levantado en mi corazón y el de Lucia.

La Vida que me queda, más corta que larga, no será suficiente para poder llegar a la meta deseada. Solo puedo aspirar a señalarla. Proverbial destino es el que me espera. Morir antes de alcanzarla. No me iré sino cuando Dios quiera. Queda entonces el Intermezzo. Es el Tiempo el director de la tonada y la balanza de la Vida el instrumento ojalá equilibrado que pese la carga y alivie su llevar. Comprender esa realidad, solo es posible dentro de otra noble y sustancial. La existencia de nuestros hermanos que sueñan, desvelan, trabajan y se entregan unidos en un mismo Acto de Fe, rumbo al Todo de un empeño de vida. Ya no la gesta de los Dioses en míticas alegorías parnasianas. Ya no el Vikingo y sus conquistas y muerte de Valhalla entonada por valquirias. Ya no Troya ni el engaño ni la extinción de un imperio para rescatar a Elena y fundar el otro de su conquista. Ya no las cumbres andinas para rendir honor a Bolívar y San Martín y sus guerreros. Ya no el recoger coronas imperiales caídas en el fango para ponérselas y nombrarse Emperador. Ya no la suerte de Colón encadenado a su gloria ni la hazaña del hombre en su lunar conquista. Ya solo es posible coronar la Vida y sostenerla con amor. Este de familia. Entre divagaciones románticas y la nostalgia, debemos sentir, respirar y alimentarnos de realidades. Somos mortales y nos estamos yendo.

Definido así, crudamente, tejemos entonces la enorme colcha de retazos de recuerdos sin que se rompa y se convierta en nubes rotas por el trueno y la tormenta del tiempo. Como el Big Bang, ese acto primitivo creador de nuestro mundo, el del hombre actúa, es el poderoso de sus lamentos y el piramidal de su esperanza de querer vivir mejor. Todo ese querer se llama de mil maneras, cada quien le tiene un nombre, una forma de mostrarse que ya se hace imposible definir cuál es cuál o quién es quién, y lo que quiere. Solamente es de búsqueda unificada de la espiritualidad en la palabra pura, unificada, bien dirigida, bien manejada y bien construida y sin fronteras, surco fértil para la siembra y la fecundidad de la vida. Nos queda el enorme interrogante de cómo alcanzarla. En marcha estamos descifrando el sino de su vitalidad. Son tantos los medios, tanta la Fe, el amor, la entrega, las reflexiones, las promesas, y tan profundo el canal por donde corren nuestras inquietudes, que solo nos queda la esperanza de hallar un medio unificador de estrellas, destellos y realizaciones. Ese medio somos nosotros mismos, soñadores y realizadores, todos dentro de la variedad y forma de llegar a un único destino. Nosotros, los herederos de Alejandro y Catalina.

Heredero de su amor, me dispongo a vivir hasta más allá del jueves 3 de mayo 2035, día de mi primer centenario que celebro anticipadamente con la esperanza de cumplirlo cuando acompañado de Lucia y recuerdos solamente, podamos decir que nuestra vida juntos fue y seguirá siendo una Jornada Deliciosa. Presiento de antemano un sin fin de dichas siempre y cuando aprendamos a vivir nuestras edades. Siento que yo, no estoy aprendiendo a ser viejo y que pretendo hacer muchas cosas que solo pueden hacer los jóvenes. Es obvio…Vivo la juventud de Lucia. afortunado soy.

Sentado a la vera del camino, como debo hacerlo para dejar pasar a los que están amaneciendo al caudal de la vida, quiero entonar ante el altar de nuestro infinito amor, el sentimiento que me inspiras. Así le escribo muchas veces, y así actúo, al menos mentalmente para impedir que las enfermedades físicas y mentales se apoderen de mí. Más no quiero engañarme. Aunque mi rostro no refleja mi edad actual, 88 años, dice la gente que no me ha visto por algún tiempo que me veo de 70. Lo cierto es que soy un hombre moderno, incansable, jovial, enamorado, coqueto, demasiado coqueto...para el gusto de Lucia. Pero ella sabe la verdad… que estoy enamorado de ella, es que llevamos más de cuarenta años, de febril andanza haciendo vida 24 x 7 sin separarnos un solo día… que la ayudo en todo lo que ella quiere que haga y que yo no quiero que ella haga, como planchar, eso sí, sin dejar grabado el rabo de la plancha en una camisa nueva, o lavar los platos y las ollas del día anterior cada mañana y dejar la cocina ordenada… y tenerle su cafecito listo para cuando se despierte… pero de cocinar, pocón pocón... porque dejo quemar las ollas... y no apago el gas, y los menjurjes que me invento ya no son como los que preparaba en Washington cuando gozaba descongelando carnes y verduras y nada había con pellejo que pelar ni con plumas, y me las arreglaba para rellenar pollos, con arroz a la valenciana, que parecían estar vivos de lo rozagantes que quedaban. Lo que, si me deja hacer Lucia, son las diligencias de rutina, pagar impuestos, pagar la luz y el agua, Telmex y otras deudas, porque a los de la “tercera edad” los atienden primero, especialmente en los bancos, eso sí, tengo que devolver lo que sobre. Y la tarjeta débito, Y los recibos las explicaciones a la “Tesorera” que sabe que a mí me gusta “gastar” porque como decía Alejandro: “El dinero no dice Adiós sino hasta luego. Por eso nos vemos apurados a veces para cubrir los gastos... A veces … Solo queremos vivir sin apuros y que lo que gastemos, que sea en darnos gusto, sin lujos… para no arruinarnos… Nos atrae comer fuera, comprar con los ojos, mientras Lucia escoge y escoge qué comprar para ella y para mí… mientras tanto, a mí me gusta hablar con las vendedoras siempre sonrientes, y con cualquier extraño, quiero ser su amigo sin desconfiar de nada; cuando lo hago, Lucia quiere esconderse y pretender que no nos conocemos…mejor dicho, unas vienen de sal y otras de azúcar. Solo “Azúcar” el de Celia Cruz y con exageración, el de caña —y arequipe de gran tamaño, y postres y tostadas y emparedados, y consumimos más leche que dos terneros, y de vez en cuando nos tomamos un “traguito” … y nos fumamos un cigarrillo, y satisfacemos nuestro “apetito íntimo”, Lucía solo recuerda y se ríe solita. Ella sabe lo que sabe.

Pensando en Benjamín, su soledad que parece ser aceptada por él como un estado natural no va a cambiar. Y él hace lo posible por no alterarla. De vez en cuando va al pueblo, da unas vueltas, pretende tener amigos en la gente del cambuche donde quizá por querer que lo reconozcan, algo compra, siempre una vistosa chaqueta, o un par de tenis, medias y aprovecha la ocasión para comer algo, siempre en el mismo restaurante de unos venezolanos recién nacionalizados. Cocinan sabroso, pero a Benjamín lo que más le gusta de sus platos es el de su amistad. Luego regresa a casa, nos cuenta que hizo, nos muestra lo que compró, y de paso nos trae un chocolate o un helado Jet de vainilla así esté haciendo frio polar. Al final de cuentas regresa a su soledad que por fortuna no es acompañada porque nosotros hacemos lo imposible por ahuyentarla de su vida y de la nuestra, especialmente durante la época de Navidad, él se encarga de armar el árbol de Navidad que cumple 40 años de cobijar nuestros sueños, rico en ornamentos, los mismos de siempre, reliquias para nosotros que significan mucho, que nos recuerdan a alguien, su volver a estar a nuestro lado. Los rumbos del mañana deben seguir acompañados por ellos, es nuestro homenaje a sus preciosas vidas.

Sin embargo, y así escribí en una ocasión cuando experimenté una gran soledad caminando por la orilla de una playa de Long Island en New York, cuando Lucia aún no existía en mi vida-- ¡La soledad de mi soledad no la turba nada! Ni las ágiles travesuras de las gaviotas blancas con los furtivos alacranes negros ni el sudoroso coquetear de las parejas en alguna playa, desnudas bajo grandes sombrillas tricolores. No hay crucero alguno en la bahía, vigila la Guardia costanera. Nada zarpa. Nada llega. Soledad camina los rincones de su estancia cercana de las algas; va buscando qué hacer que de nada que se ofrece, termina agazapada en una esquina, bajo una espera, escudriñando el desierto de su mundo seco… abundan castillos derrumbados, arenosos. Tiene, Soledad, un cierto parecido al soldado aquel desesperado en vela ante una cueva, en una noche larga de afrentas y cohetes, y perfidias; espera la lumbre de una antorcha que le muestre el rumbo al vientre de La Fiera, el punto aquel de su derrota—espera ver llegar palomas blancas; que cese el prolongado duelo; que abunde un viento azul que marque el camino del regreso.

La noche abriga el recuerdo del mensaje dejado por la dueña de la casa:"Cuida la estancia, no descuides la puerta de la entrada la casa ni dejes trasnochar la cena ni descuides las cosa que dejé…” Soledad se afana, recordando la exigencia de cuidarlas y guardar lo más valioso en un baúl, con aldaba y con candado, La puerta del balcón cerrar ante la noche, ver de la cena su cuidado, los recuerdos servidos a la mesa, las cortinas agitadas por extraño viento, retratos de ausencias, rincones casi llenos de lo que en ellos hubo, la casa toda, sola en su desquite de cuando fuese toda llena. Trasnochada gira Soledad en torno a un pálido reloj que marca, no lo sabe —si segundos o milenios. Así Vive Soledad; sus actuales horas largas son y sus tristes madrugados, de esperanzas bien cargadas. Allí habito yo… cibernauta noctámbulo ¡Solo con la sola de la pobre Soledad! Agazapado en una esquina, bajo una espera, voy buscando qué hacer— escudriño ansioso la llanura nubia de una cama plana, seca, los pliegues de las sedas, refugios negros de escondida suerte— soñando promontorios tiernos, curvas aledañas, los posibles trazos de un vuelo serpentino.

No olvido aquel 1º, de enero del 2002, escuchando el eco lejano desvanecerse de un avión en vuelo que me recordó mis partidas de regreso a mi soledad “gringa” esta última vez dejando a nuestro Alejandro solo entregado a su tristeza. Pronto se iría dejándonos su tristeza. Con ella, a Catalina y la suya. Ella nos acompañaría en nuestros viajes hasta que también se fue.

Luego vendría la desbandada. Así llamo el destino de los hijos de Alejandro y Catalina por este país nuestro, que en si consta de dos grandes pedazos completamente diferentes separados por la desesperanza y la indiferencia del uno por el otro. Los unió por un tiempo su origen de cuna, un mismo techo, su juventud y su dependencia económica del por esos tiempos único proveedor; luego, su destino individual los separó.

Hoy, a comienzos de este 2022 de continuidad de la pandemia, sin poder desechar el tapabocas que se ha convertido en una prenda fija del vestir de todo el mundo, Alba vive en su finca pegada a un tanque de oxígenos pagando las consecuencias de toda una vida de fumar, poco sale y menos a Hato Viejo en donde aún conserva su apartamento. Enrique fue declarado inocente de los cargos de narcotráfico y ahora se dedica a fumigar glifosato sobre las plantaciones de coca en el Amazonas. Margarita regresó de Londres pensionada de su empleo de azafata; a su haber suficiente dinero para comprar una casa amplia en donde piensa dedicarse a pintar al óleo y hacer de su hogar un lugar de descanso para que sus hermanos lleguen y reafirmen su fraternidad y sus costumbres. Alirio, y Darío, ilustrados se hablan por teléfono y se invitan a verse, pero nunca se cumplen, parecen satisfechos de verse por whatsapp enviándose mensajes ilustrados, y de vez en cuando, videos de sus andanzas,

Y llegó el Siglo XXI, y todo cambió de forma y de lugar, más no en su esencia. Entre las hojas de los libros desmayados en su soledad en la antigua biblioteca de la casa, empolvados, que ya nadie lee, está la historia de sus dueños, el recuerdo de los sueños que tuvieron y engendraron: Él, los de querer ser el personaje de su novela, el de Dos Quebradas "ahora bogotano, que solo supo ser Él para escribir su propia historia antes de irse a su manera, en rebeldía, no violenta sino en contra la corriente de los desorientados inclinados al mal. El suyo era un compromiso de un activismo propio y decidido que lo llevaba y pensar siempre a favor de la vida, Alejandro pretendía apoyar, luchar y enarbolar su propia bandera de cambio y de resistencia creativa, queriendo nuevas formas de hacer las cosas, como las que se inventaba tallando el mármol de los templos y edificios de la ciudad y del país, que condujeran a la "diferencia que hiciera la diferencia”.

Alejandro sin ser activista ni dado a la protesta ruidosa y agresiva tan corriente en la sociedad actual, quería desde su modesto pensar ver el surgimiento dé formas alternas pioneras de movimientos, grupos y personas, de un profundo y firme activismo en favor de la Vida misma. “Antoine”, me dijo un día, “Bien conoces mi angustia ante la violencia que nos sacude todos los días y nos está llevando al caos y la disolución social. A mí, como a ti y creo que a mis hijos también, nos está llevando a rastras la tristeza de la impotencia”. Y luego de una pausa para tragarse un lamento. ¡Oh, Si Antoine, ¡la Impotencia! El golpe final a todo lo bueno que nos brinda el amor, la vida, el dinero, las comodidades--Impotencia que llega inevitablemente, más temprano que tarde, para arrastrarnos con su llegada hacia una especie de limbo terrenal de condiciones punitivas tales, que no me atrevo ni siquiera a imaginar. Me duele irme sin poder hacer nada”. Y calló y se alejó con la mirada puesta en las montañas al oriente de Hato Grande, Lo acompañé igualmente unos minutos y luego, dije, ambos ausentes… "La tristeza nos agota y nos convence de no tener ya más a nuestra disposición los medios para vivir una vida verdadera; Duele, si, Alejandro duele mucho este vivir cargados de tristeza, y de impotencia. Duele mi querido viejo tener que vivir bajo tiranías instigadoras de tanto mal… y lo peor de todo, es que nuestros verdugos se valen de esa tristeza masiva porque así nos tienen prisioneros en nuestra propia celda sometidos a su voluntad superior a nuestra capacidad de resistencia. “Si Antoine” muy cierto, somos víctimas y testigos sobrevivientes de la impunidad, de la falta de solidaridad y de capacidad para salir del aislamiento y confinamiento de nuestra existencia metidos en celdas de miedo y de tristeza”.

Respecto a Catalina, Alejandro sabía que ella también compartía sus ideas, aunque calladamente porque jamás abrió sus labios para opinar sobre lo que sucedía que tanto le preocupaba y que no vacilaba en discutir a grito entero con la familia y los amigos y siempre con Antoine y a veces con Benjamín cuando no había nadie más que lo escuchara. Lo que si hacia Catalina era utilizar sus manos creativas para pintar o tallar lo que veía con los ojos de su alma. Así nació en alguna ocasión su colección de rostros en cerámica que ella llamó “Gritos" como brotados de su ser porque ella vino al mundo para hacerse sentir. Su grito interior, era arte puro de caprichosa maña artesanal, visión interna, anímica, propia de quien sufre, incapaz de ser indiferente a la tristeza que ella disfrazaba con proezas artesanales. Así, aunque no lo dijera, ni comentara, tampoco le molestaba oír hablar del tema que en si la motivaba a ocuparse diariamente en su taller construido en el patio trasero de la casa, trabajando en madera y hasta en mármol y otros medios que ella llamaba ”migajón y cerámica encolbonados” que daba a conocer como engendros de su enorme capacidad de dar vida a todo lo que tocara.

A su haber inventariado cuidadosamente siempre había objetos hechos de barro, migajón, piedra, yeso, mármol, madera, café molido, raíces y troncos de árboles, papel periódico, hasta de pétalos de flores secas, y plumas de aves estiradas y chamizos secos y hojas grandes de siete cueros, lacado todo y pintado con diminutos paisajes de su tierra. Tanto hacía, guardaba y regalaba que no había pariente suyo que no tuviera algo hecho por ella, ni casa vecina y hasta en el pueblo, amigos y tiendas donde no hubiera algo de lo que producía, tanto que la llamaban, la Dama de las Manos Creativas.

Su vida armonizaba con sus trazos y palpitaba en los gestos de los raquíticos personajes concebidos por ella, que aún andan por ahí doblados bajo el peso de sus años, con sus manos alargadas, artríticas, deformadas, de rostro atormentado, cuencas vacías, cerebros expulsados del salón de la cordura, cerviz partida, vértebras dislocadas, fantasmagóricos. Dicen más que todo lo que pudiera contarnos con palabras su creadora. Era que Catalina tenía una enorme capacidad sensorial para percibir lo abstracto, lo que nadie veía, solo ella, que no necesitaba de un objeto real, sino de imaginación para transformar su visión en algo tangible. Para sus descendientes, Alba, Margarita, Alirio, Darío, Daniel, Jesús, Enrique, Benjamín, y Lucia y quienes la conocieron, su legado es de laboriosa honestidad y persistencia para perpetuar su historia, la historia de su gente y de su raza.

Fue así como Catalina, en su viudez se convirtió en andariega de tierras extranjeras. Siempre en compañía de Lucia y de Antoine, Catalina rompió sus ataduras caseras unos meses después del fallecimiento de Alejandro, cuando comenzó a descubrir el mundo, venía de otro tiempo de andanzas breves, allá por los 70, cuando sus cortos viajes fueron a la sombría Nicaragua, en medio de la guerra fratricida y el desastre sísmico. También dejó sus huellas en las playas de San Andrés, y en Cartagena en donde vio llegar el comienzo del fin de los días su madre, su compañera eterna en las buenas y en las malas.

En más audaz campaña aventurera, se fue a conocer el Canal de Panamá, un octubre 13 de 1981, cuando avistó el horizonte de los dos mares y fue testigo de la boda de su hija Lucia con Antoine, un viajero tan audaz como ella misma. Catalina descubriría en el 2012 el mundo norteamericano desde New York hasta Pensilvania y Florida con escala en Washington, para codearse con el primer Presidente negro Barack Obama en la Casa Blanca, y con los Senadores en el Capitolio; el 4 de Julio del mismo año para celebrar la independencia y rendir homenaje al Soldado Desconocido en Arlington, avivar la llama eterna ante la tumba de los asesinados presidente John F. Kennedy y la de Robert su hermano a su lado; en Filadelfia a tocar la campana quebrada de la Libertad y escuchar , “No llores por mí Argentina” en un bote bar anclado en el Delaware. En Boston a saludar a los “peregrinos del Mayflower” en la roca del desembarco, y a los pioneros resucitados en su renovada villa en Williamsburg; abrazar después a George Washington en Valle Forge, King of Prussia, y animarlo para que siguiera adelante y acabara con la corona inglesa; a querer hacer fortuna con “nickels and dimes” en un tragamonedas de Atlantic City. Allí recuperó los US $10.oo del “anzuelo”, y dijo: ¡Gané! y no volvió a jugar para no perder del todo sus ganancias como suele ocurrirle a los porfiados. Y en San Agustín, la pequeña España que no pudo conquistar la América, que allí estaba algo de su arte en el arte de los Seminoles y Miccosukees. (Sabrá Dios si era hermana suya o de los Tayronas, los muiscas, los Quimbaya – hasta paisas podrán ser...). Ah y en Miami, historia esta de ciudad aparte, que, aunque queda más allá de las fronteras de Colombia, es solo un pueblo más como Pereira.

Lo que si supo y se sintió orgullosa fue que Walt Disney era el “paisa” más emprendedor nacido fuera de Antioquia, y que Mickey Mouse y Daisy eran Adán y Eva sin serpiente, y que, el Paraíso Terrenal. Allí, como “Pedro por su casa”, descubrió que solo un paisa podía convertir el mundo en castillos embrujados, o en islas donde los piratas eran buenos, o en carruseles para darle la vuelta al mundo en treinta segundos, y hasta en submarinos de juguete para ir a fondo de los mares y nadar con las sirenas. Allí tuvo la audacia de montarse en un cohete, de aluminio, y viajar a Marte y regresar en un instante y volver a pasear en jaulas de marfil por todos los reinos de la fantasía. ¡Ah! El terremoto “Thriller” desatado por el misterioso Michael Jackson, el negrito que quiso ser blanco, fue el único susto que tuvo entre tantas cosas buenas que vivió. “Mágic Kingdom”, allá en Orlando, sigue siendo un sueño para ella. No se quedó a vivirlo eternamente, porque la realidad de “al otro lado” la llamaba.

Era la verdad de su realidad. Trazar visiones y recoger “chamizos”—despojos de huracanes tropicales, hojas otoñales de maple canadiense a orillas de los Grandes Lagos, cascajo tallado por el Niagara que la vio desafiar su majestad a bordo del bote de la Brisa. También la vio la nación americana, bordar sobre tela y trazar la tersura de la nieve de los Poconos, el esplendor de la primavera en New Jersey y la dureza del verano en New York; memorias son estas colgadas en sus ricas galerías de recuerdos. ¡Ah! Y por esos días, el migajón, el colbón y las pigmentos fueron ¡gringos!” y los pinceles y barnices y utilería, de Michaels y de Pearl. Hoy encuentra todo eso en la Panamericana en Hato Grande.

Ella supo desafiar la altura de las Torres Gemelas, contemplar callada la inmensidad de la Bahía, la majestad de la Estatua, y viajar el enorme laberinto del ruidoso gusano de hierro de Flushing y de Queens, y recorrer las infinitas “turnpikes” en autos del año, recordando que ella fue rauda por su pueblo y las veredas sabaneras y enjundias de las calles capitalinas, al volante de un Gordini que se volvió leyenda urbana que se convirtió en chatarra luego de un choque de donde nació su Grito. Ahora, un 6 de la Renault que ún arrastra a cuestas sus doscientos mil kilómetros, lleva a a bordo los recuerdos del veloz rodar de su piloto. Que lo digan las “autopistas” nacionales de la Sabana, los caminos de herradura y las mejor trazadas al norte de su andanza.

Catalina dejó la huella de su paso, desde los Grandes Lagos hasta el Hudson y sus puentes de majestuosa talla que recorrió por encima y por debajo, y la Bahía de Delaware con su infinito túnel bajo el mar, y esa otra ruta continental trazada como una serpentina desde el más remoto norte hasta el más lejano sur— la US1, que la llevó a Cayo Hueso con sus mil islas y sus largos puentes anclados en las rocas. Hasta quiso ir a Cuba; “90 millas nada más” la ruta de los balseros y su muerte. Por no poder, corrió a los gatos que merodean los rincones del refugio en los cayos del inmortal bohemio Hemingway, el Viejo y el Mar.

Breve trazo es este de su andanza por el mundo, cuando volver de prisa a casa era el mayor de sus anhelos, que allí siempre estuvo anclada su existencia como lo está hoy. Cuando solo le quedaban unos pocos meses de vida, sintió la necesidad de volver a su patria chica, Pereira... "La perla del Otún”. “la querendona, trasnochadora y morena”, La Villa de Pereira en memoria de Francisco Pereira Martínez, quien en "1816 junto con su hermano Manuel Pereira, se refugiará allá tras la derrota de las huestes patriotas de Simón Bolívar en la batalla de Cachiri".

Bien sabe Catalina de esas cosas y de otras que nunca olvidó. "La Violencia", de los años 50 cuando supo del miedo y de la soledad de la finca donde criaba a sus primogénitos, y el Valle de Otún era el epicentro de huida de miles de colombianos desplazados que hallaron un poco de tranquilidad para sus vidas en la creación de una patria pequeña, sostenible aun en medio de la guerra. Ella también sabía de la topología de la tierra de La Virginia, Marsella y Dosquebradas; de sus caminos, cañadas y bejuquear social; Ella sabía de cumbres y de abismos, del Quindío, el Ruiz y la Santa Isabel, y de las profundidades del Cauca, y el Barbas, y La Vieja y el Otún. Ella recuerda los días soleados de su ciudad, a la que volvió un día a tocar a la puerta de la que fuera su casa paterna. Allí creyó ver pasar la historia de, cómo cuándo y qué ocurrió cuando pared por medio, estaba su destino de esposa y de madre.

Allí volvió a ser la hija de familia y quiso ir a la iglesia cercana a recordar su infancia de niña rezandera, paloma de los bosques, paisajes y veredas llamadas San Joaquín, Cuba, El Oso, Perla del Otún, El Rocío, El Poblado, El Jardín. Por esos rumbos se iba a Dos Quebradas, y a Apía, a Belén de Umbría, a Santa Rosa de Cabal, a Santuario. Y todo eso, de propiedad de los paisas de la región, ricos y "honestos y orgullosos, dueños de Jeep Willis MonbtAÑAque eran el asombro de la época, que se tomaban fotos de familia ante sus “Casas de Dos Palmas” y eran codiciados por las doncellas casamenteras.

La huella de Catalina está marcada en los anales culturales de Pereira, esa tierra de poetas cantores de "La Ruana", Luis Carlos González, de Lucy Tejada pintora en su gran ausencia de su tierra a la que jamás volvió, de Ignacio Torres Giraldo de Finlandia, adoptivo de Pereira "pereirano", dijo siempre que era, de Hugo Ángel Jaramillo, autodidacta, y de Silvio Girón el autor en letras de "Órbitas vacías", "Que griten las paredes", "Ninguna otra parte" y "Rostros sin nombre". Estos pereiranos ilustres contemporáneos de Catalina son ejemplo de una tierra fértil para al arte de todos los estilos, siendo el suyo privilegiado por lo innovador que tiene y la fuerza de su concepción de autodidacta, no ajena a los salones de clase, que solo le sirvieron para llevarse a casa las ideas de los maestros y volver a mostrarles que lo hacía mejor que ellos.

De esa república cafetera, de su Bolívar Desnudo, de la catedral de Nuestra Señora de la Pobreza, desde Pinares de San Martín, desde Ciudad Victoria, desde la antigua Galería, el Monumento a los Fundadores, El Prometeo Encadenado, El Cristo Sin Cruz, la Iglesia de Nuestra Señora de Fátima, La Rebeca, El Obelisco, La Diana de Gavies, y la Niña con Ánfora traída de París, y otras huellas eternas, se desprenden esos pasos que hoy se cuentan con nostalgia, con algo de pena porque las hubo, y muchas, como también fueron muchas las alegrias.

Muchos fueron los sueños de mamá Hermilda y papá Luis, y Mamá Genoveva, la fuerte y mandona, y papá Juan el buenazo y paciente, todos con su orgullo, y sus "cosas". Aún recuerda Catalina cuando se le cayó la combinación, y Doña Hermilda la recortó, puesta; y así, otras vestiduras, no de seda ni coloreadas sino de paño negro, de luto, en Semana Santa, y de rojo en Resurrección, cuando se le tenía miedo al cura... el único que sabía sus secretos.

¡Ah! Y El machismo, de ellos, esa actitud" de prepotencia de los varones respecto a las mujeres", de dominación del otro, léase de la "otra", objeto de placer que se ama profundamente pero que por quererlo tanto se "aporrea y se consuela y se aporrea", y, al fin y al cabo, se acepta y se necesita, al menos así se amaba en esos tiempos cuando la ley era otra: "O te casas o te caso". Por fortuna, en el caso de Catalina, que no fue el de otras menos afortunadas, "contrajo" por amor y por amor vivió para contar su historia.

"Siempre se ha dicho que un antioqueño "no se vara", y uno va a ver, y es cierto. Son unos regionalistas orgullosos y no les molesta que los critiquen por eso y se nota desde el trato que le dan a la gente. "Siempre están orgullosos de lo suyo y seguros de lo que son; se preocupan por trabajar todos los días por Colombia, y demuestran con sus acciones que aman su país y su región por encima de todo... se ufanan de su acento montañero y hasta hacen alarde de su consumo de fritangas y de su preferencia por el aguardiente". De esos paisas de entonces, algo ha cambiado, pero no mucho. Siguen siendo "paisas" ariscos, impetuosos, mandones, atrevidos, que jamás olvidan una ofensa, y cuando dicen no querer algo, es no quererlo, no es tranzar, es no dejarse.

Es que vienen de la Montaña que desafíó su astucia de campesinos de tierra plana, y los volvió conquistadores de la naturaleza, y le abrieron trochas y las cruzaron con recuas y fueron a Zipaquirá por sal, y empacaron morrocotas que deslumbraban y gastaban como si no hubiera mañana, y fueron caballeros de a caballo, ganaderos, marraneros, y muy cristianos también, que hacían de sus hijas Marías Magdalenas, y Samaritanas, que lo diga Catalina de cuando fue estatua, allá en Berlín, y cuando rezó mucho para que a Don Luis no se lo tragara la Línea cortando monte, ni a Doña Hermilda, o a Ligia o a Omar o a Ella, allá en Calarcá... Eran tiempos de hacer patria sudando y sin mayor recompensa otra que poder soñar con tenerla. Un día un "paisa", de Dos Quebradas, se la llevó por entre las estaciones de la vida, o mejor, ella se fue tras de él, a donde ella no pensó en ir jamás: La capital de la república.

Larga y "culebrera" pero inolvidable fue la jornada cumplida desde cuando Catalina la niña de la casa, hizo casa de mujer. Su huella está en Berlín, en Pereira, en el Cairo, a engordar marranos y aumentar la herencia, y en Berlín, de vuelta, y en Calarcá una día a ver hacer patria en la montaña, y otro día a Morelia por Matucana, en tren y a lomo de mula, a ser querida y mal querida, a saber quiénes y cómo eran sus costumbres y otras cosas que por buenas se pueden contar, y por malas, mejor olvidar, mejor seguir como ocurrió, y para no volver, para Las Cruces, en Santafé de Bogotá arriba de la Línea, si era que había algo más arriba, solo esperar que Alejandro dejara en Ibagué sus "confiancitas", y se apersonara como lo hizo para bien de todos, que ya eran cuatro los hijos, y descubriera que tenía mucho de italiano y que era capaz de cortar y tallar el mármol con maestría, y cubrir de eternidad, palacios y catedrales y monumentos, y construir hasta su propio techo.

Así nació el primer hogar, en el Laurel, al occidente de la enorme urbe capitalina, y el segundo en la Hato Grande, de dos pisos de ladrillo para ensayar la suerte del tercero, ¡de piedra y mármol en la campiña cuasi inglesa del cercano e incipiente todavía Santafé! Largueza aquella del generoso amo... ¡Muchos rincones amenos, una biblioteca, una gran sala con chimenea, alcobas, un patio grande y una fuente y una alberca para los patos, y un “caucho” para el mico Marmolino, y jaulas para los canarios, una cocina enorme para cocinar manjares, y como ubres de prodigiosas vacas, cantinadas del lactoso jugo bienhechor!. ¡Oh las horas de los gustos! amasar arepas, amarrar tamales, despresar gallinas criollas y colgar perniles, y ver correr los pollos y las gallinas y a Rune, que se murió de viejo. ¡Ah! y un Taller, para cortar madera, diseñar muebles, trabajar el yeso, la piedra, el mármol y el hierro y otras durezas, ¡hasta para guardar los huesos de la insepulta Alicia. ¡Ah! y ¡Un solo gallo!

Todo por“ camionadas", y a carcajadas el eco de las fiestas, el rasgar de las guitarras, y el correr de la prole cometiendo picardías, asombrando la existencia, cada cual, a su manera, ¡Creciendo, creciendo! para verlos irse a carambolear peligrosamente en la mesa del mundo lejos del billar casero que era un "paseo” sin riesgos y una juerga que ninguno olvidaría.

Aunque la resistencia al cambio siempre estuvo presente en su forma de hacerse sentir y respetar, Catalina terminaba dándose cuenta de lo que era y no era. Y punto. Ella no iba a permitir que su vida fuera diferente a la que fue cuando todos eran y todo era y con la misma causa de cuando fue una causa.

Al cumplirse un mes de la muerte de Catalina, Antoine escribo esta carta que imaginó que ella escribiría a sus hijos: " Vivo todavía velando desde la Paz eterna que Dios me concedió, su existencia que es la prolongación de la mía. Tal y como me ven desenredando la madeja aquella que nunca terminé, ahora tejo trenzas con las nubes y me ocupo en sonreírles para que también sonrían y se alegren de saber que ya nada me acongoja ni nada tengo que temer. Es cierto que al igual que ustedes, lloro sin consuelo porque no pude llegar como quería, a cumplir los cien que pocos cumplen, pero supe aquí, y deben alegrarse, que en la morada eterna cumpliré milenios. Más no quiero verme nunca atormentada porque ustedes no hilan alegres y optimistas las horas de sus vidas y se confunden sin saber qué hacer, y lloran y sufren sin medida porque creen que yo no escucho sus tristezas. Que mi Paz no se turbe y que pueda yo gozar la dicha que bien me merecí, sabiendo que mis hijos viven, si, sin olvidarme, y a veces lloriqueando, pero alegres porque les dejé mis mañas y costumbres y quehaceres muchos de esos que a mí me trasnochaban, y muchas diligencias y carreras cumpliendo las tareas de conservar las creaciones que dejé que solo valen para ustedes, que lo demás se va gastando. Ya se va este año, pero llega el otro que celebro como siempre, rogando cerca del Creador que da y quita la existencia, porque todo allá en la tierra sea como quiero, y me regalen sus sonrisas y se den abrazos y sean más hermanos y hagan de mi viaje el más largo de todos los que hice allá en la tierra. Viajando soy feliz. Que brille para mí la luz eterna que es la luz que yo les doy a cada instante y que jamás se apaga”.

Leyendo tan sentida misiva, todos recordaron la finca cafetera que Catalina había tallado en porcelanicón con más de cinco mil figuras entre matas de café caturro, platanales, recuas de mulas y de la lactosa arrieros recolectores y hasta riachuelos, llamada por ella La Fonda de las Camelias, que heredaría Lucia. No olvidaban que cuando Catalina quiso transportarla no pudo hacerlo como quería, en su viejo Renault 6, que había hecho reparar y que quedó como nuevo, pintado por fuera de color zanahoria original y por dentro de negro brillante como las partes que le pusieron de Megan para que corriera como tal.

Lo cierto es que La Fonda no cupo ni a lo largo ni a la ancho del renovado vehículo, por lo que ella decidió a pedirle a Benjamín y a un par de amigos suyos que se la pusieran en hombros y la llevaran a Dos Quebradas, de donde era oriundo Alejandro, que por allí pasaba más gente, que ella necesitaba exhibirla porque era lo mejor de su cosecha artesanal, fuera de su cosecha de madre abuela y bisabuela, motor de la vida de muchos seres que algún día serían dados a conocer por Antoine, el genio literario de su querido yerno.

Ella sabía que él estaba escribiendo sobre su obra y vida y por lo que le había leído no parecía dejar nada por fuera; su narrativa era tan pintoresca como los sujetos, vacas pintadas de la testa hasta las pezuñas, todas con las tetas llenas, otra de toros a cual más de vistosos, con capas bordadas doradas y negras y rojas, con cuernos enormes y filudos, varios caballos, un centenar, de zapatos de fiesta, carteras de cuero, estatuas de santos, y tallas de todos los tamaños de viejos y viejas de ojos grandes, asustados, asomados a la ventana de sus propias casitas, todas copiadas de la casa grande, o sea La Fonda de las Camelias. Y montadas en pedazos de mármol y troncos y maderas de toda clase, tallas extrañas formadas como en cuero, o hierro, o cerámica, o algo parecido, de cuerpos largos, flacuchentos, esqueléticos, desnudos o cubiertos de harapos, y rostros sin cuello ensartados en tubos negros, y manos como de muerto asomadas sobre tumbas, crispadas, descarnadas, arañando el aire, y pies y hasta troncos y muslos y pechos sueltos también clavados en puntillones de hierro, ahumados, de tal forma y hechura, como sacados de alguna conflagración pírica, o del mismísimo cerebro del tallador de la Puerta del Infierno, o el pintor de El Grito, o el creador de Franqueasteis, contorsionados, desfigurados, de pesadilla.

Fuera de tanto arte, porque lo era, y no se parecía en nada a lo de otros, aunque todos en Pereira son artesanos y todos imitan a todos, los tesoros de Catalina llenaban las páginas del diario que Antoine escribía sobre la Fonda. La casa en sí, la habitada, tenía tres salas, una de ellas con una chimenea monumental con marco de mármol y hueco profundo destapado, muchas mesas y mesitas, alfombras, lámparas de todos los tamaños, y más de treinta cuadros, imitaciones de obras de famosos pintores, excepto por lo que ella misma pintaba, enmarcaba y colgaba.

Todo lo descrito, más dieciséis alcobas, con cama doble y closets enormes de pared a pared y de piso a techo, seis comedores, uno de ocho puestos y otro de doce, con alacenas, manteles, cubiertos, y muchísimos individuales, y cuatro baños, sin contar los corredores, el cuarto de ropas, el del servicio, la cocina de diez metros cuadrados, los mesones de mármol negro en cuadrado en el centro mismo, y los estantes repletos de vajillas, ollas y cachivaches y la despensa, donde se guardaban por arrobas y bultos los granos y las frutas y las verduras y las cantinas rebosantes de leche y las ollas de barro para el masato, y en una mesa también de centro, instalada la máquina de moler maíz y recientemente, un horno microondas, un horno eléctrico, y contra una pared, dos enormes neveras y un congelador. Todo eso sin contar los doscientos cuadros pintados por ella, de escenas cafeteras y otras típicas, muchos bordados, un reloj de cien años de antigüedad que daba las horas como si tuviera por dentro la Sinfónica Nacional.

Destacaba eso la biblioteca de Alejandro, para esta época de venta de la casa, ahora de la sucesión, que contenía unas cuántas Enciclopedias, libros, revistas y papeles sueltos, la mayoría porque nadie los había contado y su dueño era el único que los había leído, y una Remington de escribir aún funcionado y hasta una calculadora de tira de papel y un numerador Bates y un gramófono de la RCA Víctor con acetatos y agujas funcionado, y un par de sillones de cuero, reclinables, enormes cueros de res tendidos en el piso, todo muy ordenado y cuidado pese a que allí todos querían estar y descansar y leer una y otra vez muchos de los libros que contenía..

Por último, y eso si le costaba trabajo decidir qué hacer con ella, quedaba la mesa de billar, con sus tacos, y las tiras de contar carambolas aún con la cuenta de la última ronda jugada por su marido y sus amigotes, y el bar repleto de licores de toda marca y calidad, y unas cuantas canastas vacías acumuladas al fondo de la enramada que el billarista construyó para divertirse y divertir a sus amigos y mantener en casa a sus hijos varones, y a sus hermanas, ocupadas en cocinarles hasta la madrugada de esas noches que ella recordaba como funestas para su tranquilidad.

Fue así como llegó el día cuando la Fonda de las Camelias fue definitivamente trasladada a la casa de Lucia no sin antes haber sido llevada como Alejandro a Dos Quebradas, esta vez en un vehículo suficientemente grande como para transportarla. Ese día todos en Dos Quebradas pudieron ver a Benjamín y sus hermanos, cruzar la quebrada Dosquebradas que nadie sabe si es la Aguazul o la Chillona, que separaba la vereda de Las Camelias y llegar hasta la plaza de Pereira en donde los esperaba en el andén frente a un lote de no más de cinco por ocho metros de fondo, al otro lado del templo Nuestra Señora de la Pobreza, con su atrio de cuatrocientos metros de largo.

Lo curioso del caso, se dijeron los vecinos que los vieron llegar, La Fonda Las Camelias con sus incontables matas de café caturro, sus cien arrieros, las muchas despulpadoras, las recuas y los bultos de café que cargaban las mulas, envueltos en la bandera nacional, convertida en costal. Y el enorme árbol que se desgonzaba sobre el techo de la casa, a duras penas si sobrepasaba los de plátano que había cercanos reflejados en las ondas de la quebrada de agua cenicienta estancada, a sus orillas los pailones para recogerla, secos. Eso si era que se alcanzaba a ver del interior... aunque el techo de la casa se había corrido y ladeaba, apenas si se veía lo que contenía.

Era tal el realismo que mostraba La Fonda, que hizo pensar a la gente que se acercó a ver la maravillosa obra que Catalina les mostraba, que ella había convertido la Casa Grande en una miniatura y que se las había ideado para reproducir su heredad, hasta los más pequeños detalles, y que no eran visiones lo que veían bajo el gran domo de vidrio colocado sobre un marco de hierro con seis patas pintadas de guaduas, con nudos y todo- Entonces leyeron el pendón de tela de costal pintada con ríos y cordilleras y muchas nubes blancas que ella les desplegaba: "La Fonda de las Camelias, una reproducción exacta de mi casa allá por los años 30". Orgullosa de su obra, de pie ante ella, comenzó a leerles de un libro enorme y grueso que sostenía con ambas manos, con carátula hecha de palitos de guadua en la que aparecía el título hecho como con trenzas de lana color café "Trazos y Retazos de una Vida". Si me tienen paciencia, les voy a contar mi vida o si no, también.

 "Al filo de la montaña y a esconderse debajo de los cafetales mientras pasan los machos" Hermilda Méndez y Luis Ángel Paans Giraldo levantaron su hogar pereirano y en ese hogar nació Catalina el 16 de diciembre de 1924.Y por esos lados, muy cercanos, Doña Genoveva Arias y Juan Evangelista Matamoros, alzaron el suyo, y en ese hogar nació Alejandro, que en esta historia como en la de Catalina, tiene muchos hermanos y hermanas y una prole enorme que transita por el mundo de su nacencia y sus quehaceres.

Épocas fueron esas de gestación permanente de lo gestado desde el comienzo de la historia de los paisas, que es lo mismo que decir antioqueños, caldenses, risaraldenses, quindianos, hasta tolimenses y vallecaucanos, por no incluir a toda Colombia y llamarla Antioquia la Grande. Alguien dijo que los paisas no son una raza sino una identificación de costumbres, idiosincrasia y comportamiento folclórico: "El paisa es muy echo... parlante"... hasta se dice que los antropólogos comenzaron a sospechar que esta raza tiene que venir de otro planeta".

Catalina sabe muy bien que los "paisas" nada tienen de extraterrestres. Ella sabe que son de carne y hueso y muy humanos, que son "arrieros de alta montaña, y calzan alpargatas, zapatos y cotizas, y se cubren con ruana montañera, sombrero blanco Aguadeño, poncho blanco a rayas, camisa gris, o caqui o blanca, pantalón cogido con correa o cabuya, y portan carriel Garicano de piel de nutria, y machete en cubierta, con ramales, y que son más cristianos que el ´Papa´, y son comemorcilla, bandejeros y parranderos".

Aún recuerda Catalina la figura paterna de su padre, un paisa con temple de acero que se podía moldear, pero no partir; sin compasión por sus deslices de niña, veía que nada le faltara, ni a ella ni a Ligia, ni a Nenúfar, ni a Omar, sus hermanos, ni a Doña Hermilda. De él y por orden suya provenía qué hacer de sus vidas, de sol a sombra; fuera de ir a la escuela y cursar la primaria, (Catalina se quedó en 5to de primaria), que la secundaria la aprendería en casa, con énfasis en las Bellas Artes, la cultura de Carreño y el Catecismo de Astete.

Culta, muy sociable, aunque hosca y malgeniada cuando de regañar se trata, Catalina admira lo que hacen otros, sin adularlos, y es cristiana de veras, pero no práctica rito alguno ni cumple penitencias; para ella los curas, no le dicen nada, que bastante buena que es y muy creyente sin prédicas, como lo fue cuando oficiaba de María Magdalena en Semanas Santa.

Y como hija, pues resignada a ser casera, cocinera, pastelera, molinera, y de quedarle tiempo, pintar sobre tela y cartón y madera, y tejer en crochet y hacer apliques, y perfeccionarse en modistería y otros menesteres desde concebir atuendos de fiesta hasta hacerse sus "cucos", y tejer colchas y tendidos de cama, y bordar cortinas, y colgarlas y bajarlas, y por modestia y por costumbre, ver que los "chiros" se lavaran en casa. Bien recuerda Catalina la dicha de lucir sus faldas con encajes y sus blusas con botones de nácar, y sus zapatos de charol y sus carteras de mano con diminutas perlas, y desfilar y andar por ahí de fiesta, en el Parque Bolívar, en la Plazoleta de la Villa Pereira, o en los carnavales de Calarcá, donde domina la luz del diablo y se hablaba de vetas de oro sin explotar.

Por fortuna, con tanto aprendizaje merecedor de un doctorado, se cumplió el designio familiar: "Algún provecho sacará de todo lo que sabe"...Y lo hizo, de muestra están los muebles que talló, y los escaparates donde puso a exhibir las artesanías que se imaginaba, y los baúles que armaba de maletas viejas y de cajas de metal y de madera, que pintaba de muchos colores y tachonaba y decoraba y llenaba de zapatitos hechos en cerámica tan reales que parecían ir buscando quien los calzara.

Y qué no decir de sus casitas campesinas, recreaciones exactas de las fincas cafeteras de Risaralda, desde las tejas de barro cocido que colocaba una por una, hasta los corredores de balaustradas y las bancas y asientos de cuero y las mesitas de madera pintada de blanco y de verde y los detalles que decían que estaban habitadas; aún causa curiosidad el misterio de que se esconde detrás de las rejas de las ventanas, en el interior, en donde se las arreglaba para colocar mesas y armarios y sillas y sofás con arlequines visitantes de exquisita hechura, payasitos de rostros tristes que ella bien sabía de tristezas de circo, capaces de reír llorando, Y así, entre risas y lágrimas, trabajar en carpintería, albañilería, plomería, marroquería, maché (ría), y arte ruso de la época zarista, !Ah! Y fue la mejor compradora de ´colbón´ que convirtió en industria. Catalina recuerda y comparte con quien quiera oirla, sus incontables vivencias de hogar, que guarda en su corazón de reina que bordaba y leía libros y aprendía las bellas artes junto a sus hermanas, a quienes su papá cuidaba mucho.

Su primer vivienda de casada fue la finca de don Juan, el padre de Alejandro. Allí llegó por amor y por amor se dedicó a los quehaceres de la casa y de la finca que incluían cocinar para 50 obreros, moler maíz para las arepas, bien de madrugada, recoger plátanos y pelarlos para los sancochos, y poner a hervir los frijoles que nunca faltaban, ir a lavar ropa al río con las lavanderas de las otras fincas, y sufrir los dolores de parto cada nueve meses. Y en sus ratos libres, coser y recrear paisajes campestres con recortes de revistas que Alejandro le conseguía.

Catalina jamás olvidaría la noche cuando tuvo que defenderse sola de los bandidos que asolaban la región por esos tiempos, escondida bajo una cama con Darío, Alirio, Jesús, y sin Alejandro quien, como buen paisa, se iba de paseo al pueblo todos los viernes y regresaba hasta el lunes — el machismo no le permitía que su familia la visitara. Don Juan era el mensajero entre sus padres y ella, pues a escondidas iban y venían las cartas. Su familia política tampoco era asidua a visitarla. Doña Genoveva era la que más le daba quehacer con su creencia de que las mujeres eran para cuidar al marido y tener todos los hijos que mi Dios les enviara. El amor por Alejandro y a sus hijos la llevó a aguantar todo lo que le ocurriera. También habían ratos agradables inolvidables cuando bajo las estrellas, los peones de la finca se sentaban todos alrededor de una hoguera a charlar, tomar aguardiente, tocar guitarra y contar cuentos y evocar leyendas.

El viaje de la familia en busca de una mejor vida los llevó al barrio Laurel, al occidente de la capital, por esos tiempos, potreros y dehesas y caminos de herradura. Allí Alejandro construyó en un lote de cien metros cuadrados una casita de ladrillo de dos alcobas, cocina y un estar de entrada que servía de sala comedor en el que Alejandro comenzó a alinear los libros y revistas que adquiría. El inodoro afuera, un pozo séptico. Lujos ninguno aunque Catalina se las arregló para que no faltaran cortinas blancas que ellas misma cosía y colgaba. Hacendosa y diligente no dejó espacio alguno del lote alrededor de lo construido que no sembrara de geranios y claveles y hasta una palma se alzaria allí para que el paisaje tuviera algo de su tierra nativa. Catalina recuerda que tenía que enviar a sus hijos a la escuela descalzos; los vecinos los llamaban “patisecos”; ella les hacia su ropita y los alimentaba con mucha, mucha agua de panela ya que la leche y la carne se hacían notar por su ausencia. Hablando de agua, el acueducto de la ciudad no llegaba aún al lugar, y la luz eléctrica era esperada por esos días. Catalina recuerda la dieta de su último parto, cuando despertó en la oscuridad en su cama de esterilla, con la casita inundada; sin despertar a nadie, esperó la llegada del amanecer cuando entre todos pondrían las cosas en orden hasta la próxima vez que bien podría ser esa misma noche siguiente.

El trabajo de Alejandro que fue un verraco y se le medía a todo, y con la herencia que le tocó a Catalina cuando murió don Luis, y Doña Hermilda vendió su casa compraron un lote en el mismo Laurel, para hacer una casa de ladrillo Allí, la vida mejoró un poco, ya Alejandro tenía mejor trabajo, los muchachos, iban todos a la escuela, y aunque bien pesada la jornada diaria, entre comidas y aseo de la casa, y mil cosas más que hacer, Catalina sacaba el tiempo para coser “lo ajeno” como se decía en ese entonces.

La casa de Hato Grade fue entonces más grande y confortable para tantos hijos pues ya eran siete, más los familiares que no faltaban; Ángel y Delio los hermanos de Alejandro, y Edilma la esposa de Delio, Luis el hijo de Ligia. Ya Alejandro tenía en empleo más estable, de mensajero, en Mármoles Venecianos – Así todo y todos creciendo, los muchachos gritando, educándose en escuelas colegios, universidades, y parrandiando, celebrando navidades en grande y para todos, ya que Alejandro siempre fue muy generoso y siempre les enviaba y hasta los llevaba a todos donde estuviesen sus regalos. Catalina compraba con gusto y mucho trabajo los regalos para los de Pereira, para los hermanos de Alejandro y para todos en casa sin descuidar sus oficios domésticos.

Muchas alegrías y tristezas se vivieron en Hato Grande, pero ella siempre estaba ahí para guiar a todos los muchachos en sus tareas, especialmente las matemáticas que para todos eran una tortura: 1X 1 = 1, 2X 2= 2, y caso aparte. para Margarita, las clases de religión ... repitan: “los Israelitas eran...” Y ella sin descuidar su máquina Singer, cosiendo lo ajeno y para los suyos, y escuchando el programa radial Doctora Corazón, a las 2 de la tarde…”.

Con Lucia otro era el cuento, pues tenía que ir al colegio, minimo un par de veces a la semana porque, o no hacia la tarea, o no contestaba en clase. “Lo que más ira me da, es tener que ir a perder el tiempo porque esa muchachita no se compone”. ¡Ah ! y Alba, siempre se salía con la suyas y quedaba bien, pues cada vez que le tocaba hacer oficio, pagaba para que alguno de sus hermanos lavara la loza o hiciera sus quehaceres, para ella desaparecerse en la tienda de la esquina a charlar con los policías que cuidaban el parque.

Alejandro, amante de los animales, siempre le llevaba lo que se encontrara en el camino, o lo que su jefe Carbonara le regalaba en Mármoles Venecianos. Así llegaron los perros Rune, Tony, y otros siete que no recuerdo si tenían nombre, pero eran de raza chau chau traídos de Europa, que para Catalina solo le hacían la vida más difícil, hasta los mandaba a lavarse los dientes. Así, entre Alejandro la prole, la otra familia, el loro, el mico, los palomos, los patos, y otros animales, la vida estaba llena de anécdotas buenas y no tan buenas.

Deleite sin par en charlar con Catalina " porque ella siempre tenía a flor de labio la "salida perfecta" contundente y "aguda" para dejar sorprendida a su audiencia. Debemos decir, que Catalina no era de mucho hablar, y a veces, era tan callada que no se sabía si estaba brava o pensando en lo que siempre pensaba: Inventarse algo que hacer, porque "a mí no me gusta estar por ahí maqueteando"... Ahora si se trataba de charlar a gusto —aunque no siempre con cualquiera, charla de verdad, se erguía como una reina y ponía cara de artista en escena especialmente cuando se trata de una entrevista de las que le gustaba conceder sobre su arte como lo hicieron alguna vez una periodista de la TV sobre La Finca de las Camelas, y el Grito. “Vamos solamente a soltar una hoja al viento de lo cotidiano de la vida de hogar de Doña Catalina Matamoros Paans, desde el ambiente donde suena y muy bien y muy alerta, su gracejo, su gracia, donaire, salero, ingenio, y simpatía de pereirana legítima, para agotar sinónimos.

La casa de la odisea de un constructor de maravillas, Alejandro Matamoros, quien sin título de arquitecto ni de ingeniero, fue capaz de construir de nuevo las Pirámides, esta, la suya de Faraón nacido en Dos Quebradas., "Si quieren sus alcobas cómodas, aquí hay puntilla, tablas, pintura, etc., etc.", les decía a sus hijos y familiares que quisieran ayudarlo.

Así se levantó la Casa Grande, llena de cuartos, escaleras, baños y espacios suficientes para albergar a todos. La casa de Hato Viejo fue el escenario de desarrollo de la vida de muchos, muchísimos seres, hijos, hermanos, yernos, nueras, nietos, y amigos de "juerga" billaristas de paso y bebedores de oficio, acogidos todos bajo el amable gesto protector de sus dueños, que les dieron tantas cosas buenas de qué hablar y recordar.

 Aunque en su lugar se levanta hoy por hoy un monumento al olvido que seremos, aún vemos, hasta oímos y recreamos las bodas, los grados de la prole, de bachiller y de profesionales, los cumpleaños de los padres, de la tía, del tío, del primo y de la prima, hasta los de los amigos de los hijos. Allí las Navidades y los Años Nuevos fueron celebraciones de leyenda, y los Reyes Magos no dejaron de llevar incienso y regalos principescos: para darse a conocer como enviados del fabuloso Oriente. Las esperanzas de promesas renovadas y de nuevas conjeturas de progreso que se hacían, se charlaban y luego se llevaban al taller del artesano Don Alejandro y la artesana Catalina, maestros de maestros, cada cual, con su saber de todo, a su manera, que harían que todo se cumpliera. Brotaba entonces de la tibia chimenea el humo blanco del mandato y se llenaba el "rancho" de regalos y promesas de mejores días, y todos componían el amoroso enjambre rendido ante los Amos de todo lo que había en el entorno de sus sueños.

Allí siempre hubo mucho ruido, y muchas quejas y reclamos, y tacadas resonantes y carambolas asombrosas, aun de los que ni sabían contar los encontrones en el chorizo de las cuentas, solo hacerlas de "chiripa"- Allí, abundaron las carreras hacia arriba y hacia abajo, y hacia afuera, hacia el mundo de los hijos que se iban, en espera que volvieran y trajeran a sus hijos, esos nietos a cual más herederos de lo bueno de los viejos, a verlos discurrir por todos los rincones, a querer que se quedaran, a enseñarles que nunca se olvidarán que allí estaban los abuelos esperando. Destino fue el suyo verlos crecer y ser su rumbo otro diferente al que soñaron, de tenerlos siempre cerca, siempre pequeñitos. Dicha es saberlos buenos y en su mundo, que, aunque no es el mundo de los viejos, es el mundo en el que crecen y trabajan y se hacen dignos de llevar el apellido y la bandera de su estirpe.

Hato Viejo, no el barrio, sino la Casa Grande, la Vieja, la que "ya fue censada", es aún la casa donde, en desorden de recuerdos, Alba llevaba la batuta de su propia orquesta con elegancia y buen saber; Jesús su porte de doctor, culto y bien hablado; Rubén inventor de genialidades; Enrique, y Benjamín,” cual más de "parces" amigos de la "manada" del barrio, rumberos aprendices de todo lo que llegara por hacer; Daniel con sus inquietudes cibernéticas y sus propias rumbas, y su propia andanza por tierras extranjeras, Darío con su chascarrillo y sus raras ocurrencias de primogénito que se hacía respetar; Alirio, con su estoica figura de paciente hermano, callado, como ausente, y, Margarita que inventaba inventos para celebrar sus fiestas porque acababa parciales o para empezar de nuevo, y concursos de disfraces que fueron memorables, y hasta pasarela para desfilar con Lucia de modelo para mostrar sus coquetas intenciones de serlo y de paso mostrar su nobleza, bondad y entrega haciendo felices a todos.

De sus fiestas y diversiones recuerdo uno en especial donde todos los participantes llegaron con disfraces alquilados y muy bien puestos ya que la bolsa era de cien mil pesos; unos llegaron a caballo, otros vestidos de Gacha, el Mexicano, otras de damas antiguas, otros de adivinos; al verlos pensó que eran poco creativos, se vistió de viejita con la ropa que encontró en el cuarto de la plancha, quedando tan bien dfisfrazada que se ganó el concurso, no porque era la dueña de la casa, sino por su creatividad e ingenio. Cómo no reconocer que lo tenía para hacer malabares con las horas, que nadie sabe cómo las alargaba para atender a tiempo las mil y unas cuantas más estaciones, donde su tren de ama y señora del hogar paraba, echando humo, con la caldera a todo fuego, para dejar el desayuno, las medias nueves, el almuerzo, las onces, la comida y hasta la merienda, y entre una y otra comilona, hacerle de profesora, engranar tareas y correr a ver qué era lo que hacían en la escuela que tanto la llamaban para combinar las disciplinas.

¡Carreras! Solo carreras a la carrera; a la tienda de la esquina, a Sears, recién abierto, al Tía, al Ley, a la Plaza de las Ferias, a Chía por la carne, y de vez en cuando al Nilo en el Tolima, en paseo de olla con toda la "carramenta" y todos los enredos del regreso a tientas por el trago que tomaba el conductor sin saber si llegarían vivos y coleando al hogar de tierra fría. Aun así, le quedaba tiempo para ir a su rincón, su paraíso, la Isla del Escape, el cuarto de las muñecas, el rincón donde nacían sus creaciones, no locuras como decían que eran, sus queridos familiares, sino talentos tantos que le servían de recuperación de su cordura. Así, entre carreras y derroche de talento verdadero, su alivio era, aún lo es, pero con más tiempo y más paciencia, sus maniquíes, pinturas, pinceles, cerámicas, hilos, botones, retazos, cintas y papeles, migajas de pan y galones de colbón, y montañas, chamizos y cosas descartadas por otros. Sus herramientas de trabajo son de marca. Y su máquina Singer es historia viva, y sus creaciones van montadas en los muebles de la casa, en las paredes y rincones de la casa, y en muchas cajas y envoltorios bien guardados. Y los diplomas colgados en lugar preferencial, que siempre tuvo tiempo para obtenerlos. Y como lo merecía, su primera finca artesanal fue comprada por Don Guillermo Cano para su famosa galería. No contenta con eso de ser local, se fue de visitante a darse a conocer y aprender de los nicas en Managua, y de los gringos de Pensilvania, los Yanquis de New York, y los cubanos agringados de la Florida. Allí se quedaron los baúles importados de la fábrica normanda, y las máscaras y las casitas hijas de las Camelias, y los chamizos nacionales, convertidos en arbolitos de Navidad, que recogió en South Miami, despojos de Andrew, el huracán del siglo. Su cuarto de muñecas de Colombia, también fue extranjero y tuvo "utilería americana", y fue ventana a los halagos de los admiradores y compradores "rubios". Ese cuarto al que siempre vuelve llevando objetos e ideas nacidas en el extranjero, es el espacio donde se siente a sus anchas, donde nada sobra, donde todo lo que contiene es útil, literalmente, todo lo que cae en sus manos creativas, se convierte en nueva afirmación de su cordura.

Cuando los caminos conocidos se tornan extraños, la senda de los recuerdos nos lleva a lo que fuimos. Igual representación tiene para mí la biblioteca de Alejandro. ¡Cuánta nostalgia me causan las bibliotecas! Esas que contienen entre las páginas de los añosos libros, notas de "confianza", y cartas de amor que delatan los secretos que alguien les confiara, con besos estampados y lágrimas —se sabe que rodaron, son manchones de tinta diluida— y recortes de prensa que anunciaban bodas, bautizos, onomásticos, decesos y otros viajes, y retratos desteñidos de tomas de paseos y momentos buenos que se fueron. ¡Hasta un cheque en blanco, firmado! ¡Cuánta nostalgia me causan las bibliotecas! Esas privadas, repletas de libros que despiden recuerdos de días pasados, cuando el amo de la casa, ávido de cultura, sediento de conocimiento, compraba a plazos enciclopedias lujosas con cubierta de cuero estampada con letras en dorado, y colecciones de clásicos de todos los tiempos, y obras sueltas, en rústica, de poesía de bardos bohemios, sombríos, abismales: Flores enamorado de la muerte; Silva, para un Nocturno de sombras largas, muy largas escurriéndose por la Candelaria; Barba Jacob para esos días "en que somos tan lúgubres, tan lúgubres"; Vargas Vila para pecar amando. ¡Cuánta nostalgia me causan las bibliotecas! Esta en especial, que su dueño construyó con tablones crudos, y le puso escalas al tamaño de la enorme enciclopedia Británica, el codiciado Tesoro de la Juventud, las series de Aguilar, de Plaza & Janés, y en proporción a los folletos y pasquines de todo origen, recortes de prensa, Lecturas Dominicales de El Tiempo, volantes del Círculo de Lectores con su listado de obras recientes, algunas en idiomas no cristianos, la Collins, que también compraba porque no se iba a quedar sin entender lo que decía. Alguno de los hijos se graduaría en idiomas en el Colombo Americano o la Alianza "Françoise", y entonces todos fueron bilingües.

Igualmente ansioso de cultura, quiso saber de obras de autores de alcance universal para entender la historia del hombre de ayer, tan rica y tan pobre y tan dulce y tan amarga, tan actual: Verne que lo llevó a la Luna; Dumas, "Los Miserables", que lo retrató inhumano; Tolstoi, "La Guerra y la Paz", que lo persigue y lo desvela; "Crimen y Castigo", Fiódor Dostoyevski, que lo condenó a ser su propio juez y su verdugo; La Hija del Capitán, Pushkin, la guerra campesina... Cervantes, y Shakespeare, y Gabo, el primero para deshacer entuertos, el segundo para pensar en ¡Ser o no Ser!, y el tercero para vivir otros cien años. Orgulloso me sentí cuando también hallé en tan rica compañía, a "Matías", el inolvidable personaje de la única novela del duelo de los libros. ¡Ficción realidad!: "Teniendo en cuenta que todas estas apreciaciones de mucho peso, el hijo de mis entretelas, tiene la mejor carta de presentación, y por eso creo que puede ir entrando, no como Pedro por su casa, sino como Matías entrando por la casa de Pedro".

Recordé a Alejandro firmando su creación, aquí, en su biblioteca, sentado en su gran sillón de cuero negro, reclinable, ese diciembre 25, 1988, a las 4:00 en punto de la tarde, y escuché que me decía: "Si Matías no te complace, revístete de una buena dosis de hipocresía y dile a quien te pregunté, que el libro es una ´verraquera´, y que nunca habías leído uno de tal naturaleza..." Al oírlo supe que lo que yo miraba, eran retazos, solo retazos y nada más, de su existencia: "Por ahí encontrarás también, otros manuscritos...no tienen nombre todavía... esos sí que son retazos..." concluyó.

Imposible olvidar esas cosas, tampoco las veladas de fiesta con las letras en tan místico lugar, el hechizo de leer "en familia", el dulce trajinar romántico de los amantes del Paraíso, Efraín y María, de Jairo y Catalina, de Aura de las Violetas, y otras "cursilerías" de la época, cuando también la familia toda se "prendía" a la Nuevo Mundo, incluyendo el servicio doméstico, los canarios, el mico, el gato, el perro, los patos y las gallinas, para escuchar el Derecho de Nacer que los hacia llorar por Albertico Limonta, el hijo hermano de los hijos del pecado de amar "sin contraer". ¡Qué épocas! ¡Qué épocas! Recuerdos que encontré la noche de Navidad del año 2002, entre los libros que heredó a sus descendientes, Alejandro.

# Alegoria

¡Escrito está! De un querer empecinado en siempre ser - el Amor habita esta Casa Vieja, anclada en el pasado. En el sueño del viajero que a su puerta llega, la Casa Vieja espera con el alma llena de muchas cosas buenas. Es la historia de la Casa Vieja, como toda historia con su sabor a cosa ausente. Palpita toda en las auroras cuando llegan a la puerta los ecos de otras horas. Aquello se acabó, parece, solo los recuerdos quedan sosteniendo los pilares de la Casa Vieja. El enorme patio está sembrado de rosas y geranios y de muchas flores bellas reclamadas al rigor de los veranos.

En esta Casa Vieja la esperanza está sembrada en el alma de los viejos. El largo corredor aún despierta en tiempo de siseos al fulgor de las mañanas; la puerta de la entrada abierta siempre está en espera de los hijos y si está cerrada, todos tienen la llave que les diera la confianza de los viejos. De aquellos que habitaran esta Casa Vieja, nadie falta; en la memoria el paso queda de los que aquí vivieran... su voz y su semblanza circunda la comarca-sus figuras largas, por la heredad circulan, sus pertenencias cuelgan todavía en todas los rincones-son los mismos de los mismos días de penas y alegrías, con otras penas y otras alegrías.

Después de tantos tiempos de veranos y de inviernos, con sus mismos dejos y sus mismas quejas y su misma historia... ¡La Casa Vieja sigue en pie! Las paredes no han cambiado, solo remozadas; Si acaso algunos muebles se han mudado, en los cuartos se han cambiado los cuadros, los enseres de un lugar a otro más allá... la pintura huele siempre a cosa vieja, renovada. El cariño riega los geranios, las rosas, el mirto, las hortensias, los helechos...un florero se alimenta en ciertas fechas de rosas y de versos, y todavía se reparten besos, ¡Muchos besos! Son las flores del recuerdo, son las plantas del deseo que renacen en el huerto de la Casa Vieja.

Aún se escucha el llamado de los viejos que jamás descansan... Su voz circunda las esquinas, es el viento de su ausencia que circula en el alma de su gente y en el alma de las cosas. Diría que todo aquí está igual que ayer, cuando nada ni a nadie se extrañaba, y todo estaba hecho con nobleza y con provecho, de tercas esperanzas férreas, de maderas finas, y de grandes planchas para alzar los pisos y llegar al cielo. Diría que todo aquí está igual...que nada raro ha pasado en la Casa Vieja, en la calle, a la gente, al barrio, a la ciudad, al mundo entero...

¡Muchas cosas buenas pasan todavía en esta Casa Vieja poblada de leyendas! Asomado a la ventana de su vieja biblioteca el Amo siempre está, la Dueña, a veces se percata de su causa, la escalera de la entrada resiste mil pisadas, aunque tiembla mal parada, los hijos hacen cola en espera de la cena, el perro ladra su ladrar de angustia eterna, los canarios se aletargan despistados en sus jaulas, y todos pasan muchas horas enfrascados en necias añoranzas. Diría que nada ha cambiado en esta Casa Vieja... Aquí se escucha viva la tenaz algarabía de su gente y de muchas otras vidas, y nadie falta a los asados en las tardes de bulla y agasajo. Alguien vigila que todo permanezca, alguien desentierra trastos que la Dueña no encontraba, otros le recuerdan que ella los botaba, que ya de nada le servían; todos corren sin saber a dónde, todos convergen en alguna esquina, a todos veo transitar remotos hacia la carpintería, rincón de oficios raros, de resabios bien guardados, de malicias y desidias, escondite a vista clara en ratos de osadía-atiborrada aún está, de trebejos, olvidos y manías. ¡Ah! Uno graba nombres en incontables lozas frías- (Lápidas son de quien nadie sabe que se fue) es su oficio del alba al mediodía que las tardes son para gozar. Devenires son los suyos, cada cual, a su manera, callados y rebeldes-y que nadie se inmiscuya... todos van vienen por esos cuartos habitados de recuerdos... En ellos se vivieron incontables agonías en tiempos de amarguras y desvelos. (El silencio habita algunos menesteres, y la sombra del olvido, amaga la luz de los quereres). Allí se cuecen mil leyendas y se plasman otras y artes bellas que se lanzan a la suerte del alma de las causas. Las horas van pasando por esta noble hacienda aún se asoman las costumbres viejas a la casa austera, los viejos solo añoran el ayer de empeños fieros, piensan mocedades y querencias. En un decir de todo a todo del todo de las cosas, entre todos se rumora que las cosas siguen siendo buenas. De los tantos hijos que tuvieron que lo fueron sin tregua y sin malicia, otros tantos frutos hay de la delicia. El abuelo sigue enmarcado por la puerta todo sigue igual en esta Casa Vieja. ¡Grande! porque en ella tienen que caber mil años de quehaceres... (Las paredes pocas son para colgar tamaños duendes).

Solo fue ayer cuando del Dane el Censo me vino a conmover y quise recoger las muchas cosas que hay que componer, llamar a todos a jugar con las palabras, a entregar papeles, demostrar registros y contar lo que jamás a nadie se ha contado. Solo fue ayer cuando uno a uno a cada cuarto fui a golpear con suave tino a la puerta de aquel y la del otro, hasta a los cinco baños fui, al cuarto del embrujo, de peldaños atrapados y de huesos escondidos, rincón de todos los remiendos, a ver planchar diez mil retazos que colgando siempre están... y a ver bajar a los valientes la escalera, vacilante, sin barandas, mal parada en el solar de atrás. Solo fue ayer cuando quise con el hombre que el censo vino a hacer, recorrer la Casa Vieja. Entonces supe que no era Ayer, sino que era hoy... que el ruido que escuchaba era el de un silencio enorme que por todas partes resonaba. Supe entonces al abrir de par en par la puerta de la entrada, que la casa, ya nadie la habitaba...

¡Desperté! Fue un sueño, solo eso, un sueño. El hombre del Censo se marchaba, contento, alborozado. Nunca en su jornada por toda la ciudad había tropezado con una Casa Vieja, tan llena de tanta gente alegre, tan de tanta gente unida, de tantos nietos y biznietos, de tanto amigo y tanto riego y tanto abono en los cultivos, y tanto anhelo y tanto amor bajo el mismo techo, bajo la misma sombra, del mismo Viejo y de la misma Vieja, ni con tanta historia vieja, ni con tanta historia nueva.



Esta obra se termino de imprimir en los talleres de la Editorial Ave Viajera SAS.

Julio 2022